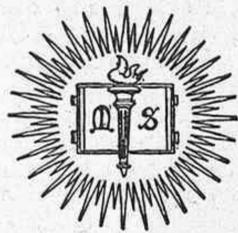


La Ilustración



Artística

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

AÑO XXXIV

BARCELONA 30 DE AGOSTO DE 1915

NÚM. 1.757

EL MAGNÍFICO RETABLO DE SAN ESTEBAN, DE GRANOLLERS,
OBRA DEL GRAN PINTOR CATALÁN PABLO VERGÓS (SIGLO XV), ADQUIRIDO POR EL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA POR 150.000 PESETAS



El camino del Calvario, una de las principales piezas del retablo. (Fotografía de Mas. - Véase la descripción en la página 587.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tomo tercero de la serie del presente año, que será

EL LIBRO DE LA FAMILIA

obra interesantísima escrita por D. Juan B. Enseñat e ilustrada con numerosos grabados.

SUMARIO

Texto. — *De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *El engaño del pedir*, por Vicente Díez de Tejada. — *La guerra europea*. — *Monumento a D. Bernabé Soriano*. — *La princesa de Salm-Salm*. — *Torrelavega. Retreta artística*. — *El profesor Pablo Ehrlich*. — *Mi tío Florencio* (novela ilustrada; continuación). — *El cultivo del cáñamo en Valencia*. — *El retablo de San Esteban, de Granollers*.

Grabados. — *El magnífico retablo de San Esteban, de Granollers*, obra del gran pintor catalán Pablo Vergós. — Dibujo de J. Basté, ilustración al cuento *El engaño del pedir*. — *Suministro del rancho caliente a una columna rusa*, dibujo de Cristóbal Clark. — *La guerra europea* (cinco fotografías). — *Monumento a D. Bernabé Soriano*, obra del escultor don Jacinto Higuera. — *La princesa de Salm-Salm*. — *Torrelavega. Retreta artística*. — *El Dr. Pablo Ehrlich*. — *El cultivo del cáñamo en Valencia*. — *El vapor de recreo «Eastland», que zozobró el día 23 de julio último*.

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

En preparación de la temporada de otoño, los teatros de Barcelona van anunciando reformas, compañías, estrenos, renovaciones de local. Ello no obstante, el teatro continúa aquí estacionario, si no retrocede de una manera sensible. Nuestra ciudad fué, durante el siglo pasado, una de las más señaladas de Europa por su afición a los espectáculos y por el ahinco que ponía en sostenerlos, rivalizando con otras capitales de más campanillas y de mayores recursos. De esa afición quedan, no sólo recuerdos escritos en la historia del arte escénico y en las colecciones de la prensa, sino testimonios tangibles y materiales, como el Gran Teatro del Liceo, magnífica concreción de ese período.

Pero los últimos veinte años son de gran pobreza, de notorio decaimiento, en todo lo que se refiere a iniciativas de esa índole; y los edificios proclaman una sordidez, una improvisación y un no sé qué de interino y precario que no corresponde a lo espléndido de nuestra urbe por otros estilos ni a la elevación innegable de su cultura. Dígase, con absoluta claridad, que Barcelona carece de teatros y que todo lo que tiene carácter de permanencia o de lujo es anterior a 1860. Lo mejor sigue siendo el Liceo y aun el Teatro Principal. Todo lo demás reduce a barracones y tinglados, a arreglos, a aprovechamientos de solares, a balumbas de maderos y cartón piedra. Y es hora de que esto acabe. Yo no sé, si llega a realizarse la Exposición de Industrias Eléctricas, qué se dirá de esa incuria o impotencia revelada por nuestros teatros y ello debería fijar la atención de los directores, con el tiempo necesario para poner algún remedio al mal.

Mientras tanto las temporadas se suceden y las interinidades se prolongan, ofreciendo por toda novedad una nueva mano de pintura y broncina, un lavado de cara con objeto de sacar la mugre a las salas de espectáculo y, casi siempre, una nueva reducción de espacios libres y de comodidades para aumentar el rendimiento, para hacer menos agradable la estancia en el local. Las filas de butacas se estrechan; los pasillos se estrechan; los sillones se estrechan. Y en vez de hallar en esos teatros esparcimiento y holgura, madre de la cortesía, no encuentra el espectador sino apreturas, codazos y pisotones, como si fueran lugares de penitencia y maceración.

Con ese problema puramente material viene enlazado el del arte en sí mismo. La regeneración escénica, la «crisis del teatro», lucha no sólo con el decaimiento del gusto, mas también con la competencia que ha venido a plantear el cine. La economía de tiempo y de dinero, la divisibilidad a que se presantan las películas, el mismo halago a la pereza mental de los públicos que allí no deben pensar, ni escuchar con atención, ni seguir enlace alguno de ideas interpretando las palabras, son un enemigo terrible para el drama, la comedia y la ópera. Lo negro estorba a mucha gente aun en forma de lenguaje hablado, y el cine es mera sensación óptica, que llega a todo el mundo, trátase de letrados o de analfabetos, desde el soldado al general y desde la criada a la condesa, no necesitando de más preparación ni de mayor esfuerzo que ir en tranvía y mirar el espectáculo de la calle, que subir a un «tío-vivo» y dejarse mecer.

Con estas circunstancias tan adversas para el teatro en general ha coincidido la momentánea decadencia, que casi ha llegado a disolución, del teatro catalán, en un instante en que sus producciones más

celebradas entraban, traducidas, en el mismo teatro castellano y aun pasaban a idiomas extranjeros. Claro que nuestro patriotismo no puede ver esto sin sonrojo y que se estudia hace tiempo la manera de vigorizar, dotándola de medios permanentes, una institución que tan hondo había prendido en la entraña del país. Un gran Teatro Municipal, con el adherente de un conservatorio o escuela de declamación, plantel de artistas jóvenes, es lo primero que se le ha ocurrido a cuantos estudiaron el problema. Pero, ¿está ahora nuestro Municipio en condiciones de abordar, sin protesta del público, una empresa de tal magnitud, adquiriendo solares que en sitio céntrico y adecuado habían de costar una millonada, construyendo un edificio que por su destino y significación había de resultar una maravilla y subviniendo, en suma, con recursos extraordinarios a la estabilidad de la obra, moral y materialmente considerada?

Todo eso ha debido de pesar en el ánimo de los promotores para inclinarlos a una solución oportunista, mediante la cual la renuncia al edificio de nueva planta se compense con el prestigio de una tradición que, en cierto modo, equivale a la del genuino «Teatro de la Ciudad». Porque bien merece tal nombre el Principal o de la Santa Cruz, cuya municipalización se pide ahora al Ayuntamiento para que lo convierta en hogar del arte dramático de Cataluña. No obstante su edad, es el Principal un teatro, un verdadero teatro, no un barracón de feria. Sus proporciones son grandiosas, sus líneas nobles, su estructura elegante y susceptible de una restauración que lo dignifique sin destruirlo. Y, por encima de esto, tiene una historia que lo liga estrechamente a la ascensión urbana y de cultura de nuestra ciudad, como su primer foco, como su foco único de arte durante más de doscientos años, con nombradía que traspasó no pocas veces las fronteras de España y fué recogida por los extranjeros, admirados de la afición teatral de los catalanes.

Fijémonos en un corto período de dicha historia: en los tiempos de la Revolución francesa, cuando Barcelona y todo Cataluña hervía de emigrados franceses, aristócratas y realistas, para quienes ese teatro venerable fué un recurso supremo, un refugio, un lenitivo para sus horas de nostalgia y de adversidad. No hace sino unos cuatro años que ha sido estrenado en su forma actual, reconstruido rapidísimamente después del incendio de 27 de octubre de 1787, el cual lo redujo a cenizas, sin dejar en pie más que la fachada. En ciento cincuenta días de trabajo y con un prodigio de catalana actividad que hace presentir el del famoso Hotel Internacional de la Exposición de 1888, queda totalmente reedificado el coliseo con notable mejora sobre el antiguo, del cual hacía un cumplido elogio el agricultor inglés Arturo Young, en su *Viaje*, tan explotado por los historiadores de la Revolución.

El 25 de octubre de 1788, el ingeniero-arquitecto D. Carlos Francisco Cabrer hizo entrega de la obra al Capitán general o gobernador supremo de Cataluña. Pocos días después se reanudan las representaciones y desde aquel instante Barcelona se convierte en una de las primeras capitales teatrales de Europa. Al embellecimiento del edificio precedió, y le sigue después, un exigente cuidado artístico en la preparación de las representaciones según la moda del tiempo prerossiniano. Maestros y compositores italianos de nombradía universal se establecen aquí y para el teatro de la Santa Cruz componen sus partituras, cuando no están encargados al mismo tiempo de la dirección. Vicente Fabrizi, escribe para ser estrenado en él, *Il caffè di Barcelona*, que se representa en 1787 y 1788; del mismo maestro son interpretadas sucesivamente *Chi la fa l'aspetta*, *Don Giovanni Tenorio*, *La moglie capriciosa*. El ilustre Antonio Tozzi dirige la compañía italiana en el momento de que hablo, — la cual alterna según costumbre con otra compañía española — y termina, expresamente para la inauguración del teatro reconstruido, *La caccia d' Enrico IV*, estrenando seguidamente *Zemira e Azor*, *I due ragazzi savojardi* y, antes de esta última, *L' amore della patria ossia Cordova liberata dai Mori*.

Compuesta sobre un libreto de Chiari se representa por primera vez, como gran acontecimiento artístico, — ¡y en qué fecha histórica sobre toda ponderación! — el 21 de enero de 1793, ante un público fervoroso de barceloneses y emigrados de Francia, quienes ignorarán por más de ocho días que, pocas horas antes, aquella misma mañana, ha rodado sobre el patíbulo la testa soberana de Luis XVI. Entonces adquiere todo su auge la fascinación por el *bel canto*, que ha de constituir una de las características de Barcelona en la centuria siguiente; y la admiración por Úrsula Fabrizi o por Mariana Tomba, *bufas* o

grandes divas de la época iluminase como de una anticipada aureola romántica que hace presentir el *clair de lune* de los días de Piferrer y de Cuyás, «el Bellini español», y hace de la música italiana como un factor, tal vez no bien estudiado, de la gran revolución literaria que se acerca.

Efectivamente: no pocos libretos de Cimarosa, de Paisiello, de Guglielmi, parecen anticiparse a la literatura no musical en el sentido llorón y melancólico, como si éste viniera conducido por exigencias de la melodía antes que por directa necesidad poética. En los simples títulos de aquellas producciones, que figuran al mismo tiempo en los carteles de los Italianos de París y del Principal de Barcelona, en el trágico *Moniteur* y en el apacible *Brusi*, mientras la guillotina va trabajando sin piedad: en *Il matrimonio segreto*, *La bella pescatrice* o *Nina pazza per amore*, despunta ya claramente aquel nocturno delirio que llegará hasta las nuevas generaciones, y hasta nosotros, con las futuras *Sonambulas*, *Lucias* y *Dinorahs*.

Y en los mismos versos laudatorios que aparecen de vez en cuando celebrando a las cantatrices de fama, algo puede verse ya de aquella fiebre que dictó, andando el tiempo, las *estancias* a la Malibrán e hizo de la adorable artista española la Musa viviente del romanticismo francés. Diez o doce años después de la fecha a que me he referido, quedaban todavía en Barcelona restos de la emigración y uno de los más firmes sostenes del teatro de la Santa Cruz era el viejo príncipe de Conti, que había venido con su prima la duquesa de Orleans, viuda de Felipe Igualdad, y con la duquesa de Borbón, y que no faltaba ninguna tarde en el espectáculo para dormir desde el primer acto hasta el último. Digno de recordación es también el nombre de Orfila, insigne químico y profesor de Medicina que llegó a ser decano de la Facultad de París y que en sus *Memorias* habla con entusiasmo de su iniciación musical en Barcelona y en ese Teatro precisamente. Conviene saber que Orfila, por más que no cantase sino por afición, fué proclamado en aquella capital como *el primer barítono del mundo* y hubo un instante en que estuvo a punto de trocar su carrera científica por la de las tablas. Y, en suma, algo más tarde el Teatro de la Santa Cruz, entre 1814 y 1821, fué por dos veces el paño de lágrimas de Moratín, zarandeado por los vaivenes de la fortuna y que no desamparaba aquel lugar ni las mesas de los cafés contiguos, como hombre a quien no quedaba sobre la tierra otra ilusión que la del arte...

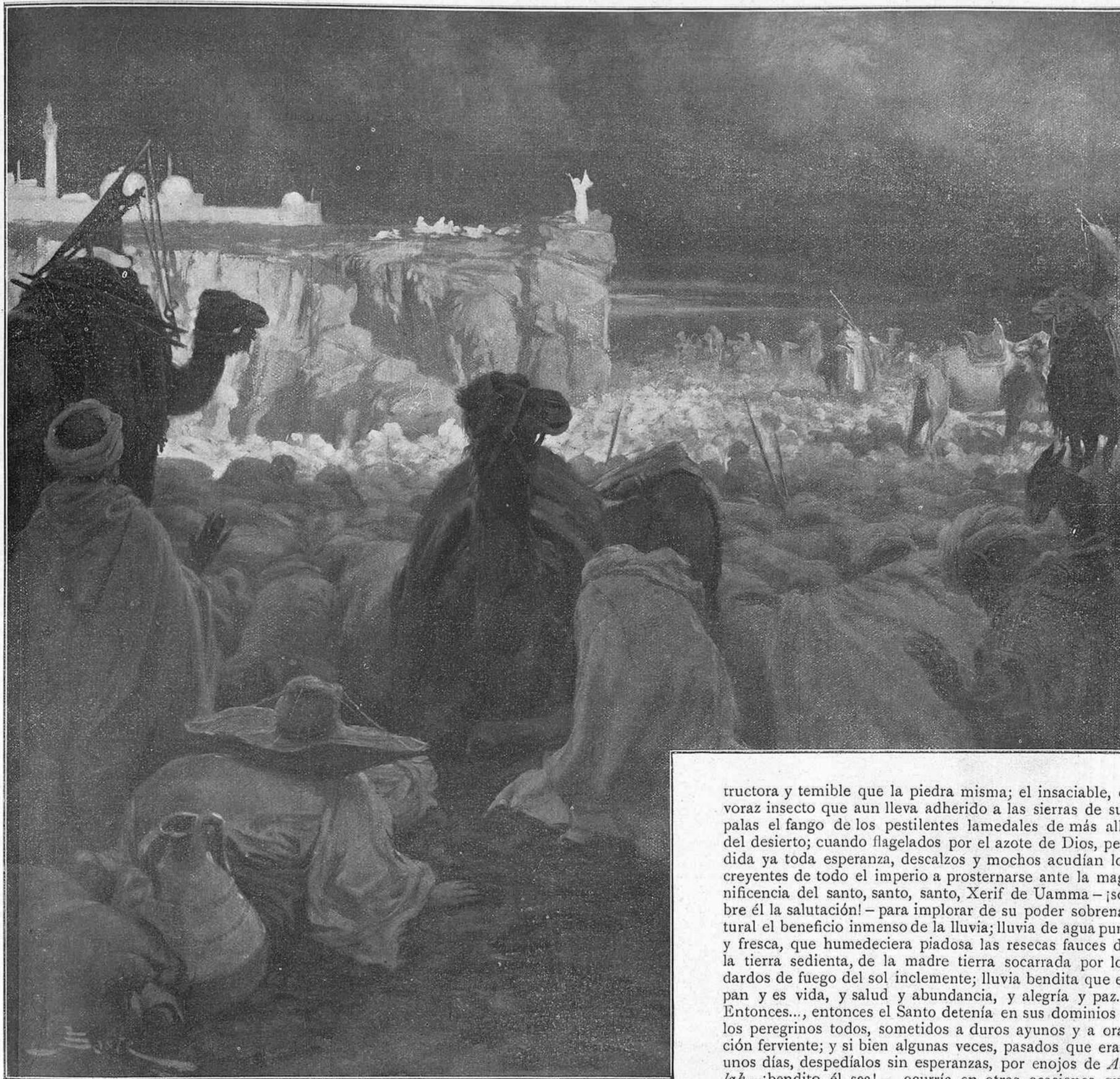
Y basta de digresión porque, puestos a engarzar recuerdos y asociaciones de ideas, no acabaríamos nunca. Con lo dicho hay lo suficiente para demostrar que si algún teatro de los que continúan en pie se ha connaturalizado con Barcelona y merece por antonomasia el nombre de Teatro de la Ciudad, es éste de la Santa Cruz. En él se concentra la historia escénica de tres siglos y el aliento de una porción de generaciones, de escuelas, de modalidades del gusto y la inspiración. Los lugares se impregnan del espíritu que pasó por ellos y retienen una misteriosa sugestión potencial de todo lo que allí vibrara y resplandeciera: es éste el prestigio fecundo de la tradición, que guarda a la vez que incuba, que no es signo de muerte sino de inmortalidad.

Llévese ahí en buen hora el teatro de Cataluña, el teatro en lengua catalana, y hagamos todos lo posible para que entre el venerable edificio rejuvenecido y el arte que está destinado a cobijarse establezca una durable y entera connaturalización. Veamos y saludemos con gusto las empresas de alta cultura, los estudios superiores, la investigación depurada, todo ese trabajo de laboratorio, de archivo, de seminario que pueda enlazar nuestra vida científica con la de los pueblos triunfantes y elevarnos, en la esfera de la civilización, desde la subalterna categoría de clientes y receptores pasivos a la de creadores y partícipes, a la de impulsores autónomos.

Pero si este renacer de Cataluña del cual nos hemos sentido tan orgullosos, no ha de ser una simple recreación erudita y de unos cuantos, sino un fenómeno general, colectivo, de toda una sociedad y una raza, constituiría un gran error descuidar aquellos elementos e instituciones que ahondan sus raíces en el alma del pueblo y que hablan directamente al pueblo. A este orden pertenecen la poesía, la literatura actual y viviente, la música, el drama. Y por esto los tres grandes factores, las tres grandes influencias, los tres grandes medios de conquista de que se ha valido el sentimiento catalán han sido hasta ahora los Juegos florales, las sociedades orfeónicas y el Teatro. Por medio de ellos ha actuado sobre el alma popular y ha llegado a las muchedumbres.

MIGUEL S. OLIVER.

EL ENGAÑO DEL PEDIR, POR VICENTE DÍEZ DE TEJADA, dibujo de J. Basté



- Al-lah el Grande se ha compadecido de vosotros

El Xerif de Uamma - ¡Santo, santo, santo; tres veces santo! ¡La salutación de Al-lah sobre él! -, descendiente por línea recta de varón a varón del glorioso califa Omar, primo de Mahoma (Mohamed: aliento de Dios), era un poderoso príncipe muslim, pío y misericordioso, dotado del don celestial de la profecía (decíase de él que tenía seis dedos en cada pie) y de la no menos divina gracia de operar milagros, ni más ni menos que los grandes taumaturgos que en la historia, cobijados por el palio de oro de la leyenda, viven eterna vida.

Curaba toda clase de enfermedades con la sola imposición de sus manos sobre la débil cabeza del paciente; con saliva de sus labios devolvía la vista a los ciegos; con el tibio avahar de su boca daba la palabra a los mudos; con la suave yema de sus dedos abría el oído a los sordos, y con el solo contacto de sus vestiduras recobraban la razón los perturbados, enderezábanse los tullidos, rompían a andar los paralíticos y reposaban los perléticos, esclavos de la duda; con sus testas inquietas condenadas a eterna negación.

Había quien juraba haber visto casos repetidos de todas estas curaciones; algunos aseguraban haber sido ellos mismos los curados, arrancados de las garras de fuego del morbo cruel por los dedos de misericordia del Xerif; otros, humildes y sinceros, repetían lo que habían oído decir a quienes, a su vez, lo habían oído contar; pero todos, con la llama de la fe en los ojos, el lirio de la sencillez en los labios, la brasa ardiente de la piedad en el pecho..., y el duro talón del recio pie aplastando la chata cabeza de la silbadora sierpe de la duda.

En los áridos años de sequía - ¡oh, esto bien lo sabía todo el mundo! -, en los años de maldición, años estériles en los que el sol riega la tierra abrasada con plomo derretido; cuando los cielos, airados por los pecados de los hombres, envían a los campos la granizada viva de la langosta, mil veces más des-

tructora y temible que la piedra misma; el insaciable, el voraz insecto que aun lleva adherido a las sierras de sus palas el fango de los pestilentes lamedales de más allá del desierto; cuando flagelados por el azote de Dios, perdida ya toda esperanza, descalzos y mochos acudían los creyentes de todo el imperio a prosternarse ante la magnificencia del santo, santo, santo, Xerif de Uamma - ¡sobre él la salutación! - para implorar de su poder sobrenatural el beneficio inmenso de la lluvia; lluvia de agua pura y fresca, que humedeciera piadosa las reseca fauces de la tierra sedienta, de la madre tierra socarrada por los dardos de fuego del sol inclemente; lluvia bendita que es pan y es vida, y salud y abundancia, y alegría y paz... Entonces..., entonces el Santo detenía en sus dominios a los peregrinos todos, sometidos a duros ayunos y a oración ferviente; y si bien algunas veces, pasados que eran unos días, despedía los sin esperanzas, por enojos de Al-lah - ¡bendito él sea! -, ocurría en otras ocasiones que allí los retenía esperanzados; y a medida que los días se deslizaban, se sublimaban las mortificaciones y las plegarias se enardecían, ibanse los radiantes cielos de cobalto

cubriendo de veladuras tenues como alquiceles vaporosos, alfardes de tul o almaizares de gasa; cendales cándidos como velos de novia; y, tras ellos, los blandos vellones de las nubes, nieve orlada de oro por los besos del sol, comenzaban a rodar por el firmamento meciéndose ingravidos en las alturas, atropellándose, amontonándose, fundiéndose, hasta extender sobre la tierra, palpitante por la emoción de la promesa, la parda piel de camello del nublado... Entonces, el taumaturgo Xerif despedía a los postulantes diciéndoles:

- Al-lah el Grande, el Misericordioso, el Señor de las Cosechas, fuera del cual no hay Dios - ¡bendito sea su alto nombre! -, se ha compadecido de vosotros. Marchaos; que antes llegará el agua a vuestros campos, que vosotros a vuestros *addures*...

Y siempre, siempre, al menos casi siempre, ocurría así; porque si alguna vez el agua se volvía atrás y las nubes, sorbidas por los besos del alto luminar, se esfumaban como las brumas del lago, y en el cielo de índigo volvía a relucir abrasadora la salamandra del sol, ¡ay!, cierto, cierto, como es Mahoma profeta de Dios, que por los pecados de los hombres ocurría tamaña desventura y castigo tan grande... ¡No creáis, no, a los perros nazarenos cuando os digan que el Santo tenía en sus moradas un tubo de cristal que llegaba al cielo y que avisaba la lluvia! ¡Aullidos de la impiedad son éstos!...

Pues ocurrió que el Xerif - que, cuando quería, se trocaba en león y, cuando le venía en ganas, se convertía en cordero - decidió irse al Paraíso a gozar eternamente de las delicias prometidas a los justos; y una mañana halláronlo muerto sus esclavos sobre los almohadones de pluma y seda de su lecho.

Y cuando lo llevaron a enterrar a la *raúda* lejana, él mismo, alzándose por los aires, voló hasta la santa *zauia* en que bajo tapices de damasco y de vellu-

do bordados en oro se cierran las tumbas veneradas de sus mayores. Y uno de los que asistían al sepelio, picado por la ambición – que es una de las uñas de *Schitán* – parece ser que dijo:

– ¡Oh, cómo yo quisiera ser aquí enterrado!..

Y en el acto, abriéndose a sus pies el pavimento, se lo tragó la tierra.

– Riquezas, que no sepulcros, quería yo, dijo otro ambicioso.

Y cayendo sobre él la gran lámpara de oro del santuario, lo aplastó, como aplasta al escorpión venenoso la babucha del caminante.

– No seré yo quien hable, exclamó, asustado, un tercero.

Y en el acto perdió el habla para siempre.

fianza... Alguno, alguno, con la devoradora larva, llevóse también el dragón insaciable de la avaricia; el basilisco horrendo de la soberbia; la sierpe viva de la ambición insaciable.

Riquezas pidió el siervo explotado bendecido por *Allah*; y con ellas se trocó en explotador inclemente, que *Allah* maldice...

Riquezas el mancebo fuerte, cuyas viriles energías se ahogaban estranguladas por la miseria; y con ellas cayó en brazos del desenfreno; que por las sendas floridas del vicio lo llevó al agotamiento y a la muerte.

Y fueron los más los que demandaron riquezas, hasta los enfermos, ¡hasta los ricos!; que el señuelo brilla con sus espejillos inquietos, y sedientas están

De espolique de un poderoso magnate acudió al santuario venerando el esclavo *Bu-Shmá*, de rostro negro como el dolor de los condenados, de alma cándida como la nieve de las cumbres.

Pidió el señor – Bajá de extensos territorios – la victoria sobre sus poderosos enemigos; y al partir, confiado, desertando al sepulcro del Xerif, dijo al siervo:

– Pide tú también; que también tú eres hijo de Dios. Pide una sola cosa; que aunque ser amo de tu amo demandares, te será concedido.

– Señor, contestó el esclavo prosternándose. ¿He de torcer yo los caminos de *Allah*?

– Por el Profeta, que no te entiendo. ¡Pide!

– Xerif de Uamma: niño es el hombre que ansía



El retablo de San Esteban, de Granollers. Los cuatro profetas Abraham, Moisés, David e Isafas. (De fotografías de Mas.)

Con lo cual vieron todos que el santo concedía, liberal, aquello que junto a su tumba érale demandado; y que no era más de una la gracia concedida.

Lo que no vió nadie, porque *Allah* – ¡bendito sea su nombre! – no quiso que se viera, fué que todas las concesiones llevaban consigo aparejada una desgracia; aunque bien alto lo habían pregonado los tres casos primeros.

Extendióse la nueva por todo el imperio hasta acariciar con sus blandas alas de promisión los más apartados *aduares*, y en apretadas bandadas, como nubes de langosta obscurecedoras del sol; y en caravanas interminables, como las que marchan a postrarse ante la Santa *Caaba* de la Meca, acudían los creyentes aguijoneados por la ambición de lograr aquello que diputaban por más precioso o por más necesario. Todos fueron complacidos; todos marcharon satisfechos; que son inagotables los manantiales del Señor.

Pidió el pobre riquezas; y con ellas, como verme en el corazón de la poma, llevóse el gusano roedor de la intranquilidad, del desasosiego, de la descon-

siempre las alondras. ¡Riquezas, riquezas; oro, dominador del mundo, del cual nos desprendemos con más dolor que de la propia vida!..

Salud pidieron algunos, no muchos; que los más por medio del dinero pensaban alcanzarla; y uno, que mató al dolor – dolor amigo que avisa, que previene – sin él se entregó, inerme, al morbo traidor que roe y mata; y sin dolor murióse.

Poder, solicitaron muchos, y con el don llevaron-se la pesadumbre de la responsabilidad; y en torno suyo crecieron el semillero de los descontentos, el plantel de los envidiosos y la almáciga de los ingratos.

Amor, unos; y por la herida abierta por la inflamada flecha de Cupido, tras el ángel amor penetró el demonio de los celos.

Belleza, otros; y con ella se llevaron los llantos de la primera cana; las melancolias de la arruga primera; el terror al tiempo que corre, a la vejez que llega, a la Descarnada que se aproxima...

Y así muchos, y así todos...

la llama que arde y quema. *Allah* – ¡bendito sea su nombre! – sabe por qué me ha hecho como me hizo. ¡Quiero seguir así toda mi vida!.. Esto pido, respondió el siervo, resignado.

Y cuando el poderoso bajá llegó a su palacio con la noticia de la victoria lograda por sus tropas, sorprendiéronle, emanadas del sultán, celoso de su triunfo y temeroso de su fuerza, orden de prisión y sentencia de muerte... Y al sucumbir en la negra mazmorra, degollado por vencedor, dirigió al humilde *Bu-Shmá* una postrera mirada de admiración hacia aquel que supo tener cuanto quiso con sólo querer cuanto tenía.

Y éste es el camino de la felicidad. Y a los que por él la buscan, todos los Xerifes se la conceden.

¡Amen, amen, amen!..

Que pasado de la algarabía al latín, quiere decir: ¡amén!

Y traducido al romance, significa: ¡Así sea!..

LA GUERRA EUROPEA. - LA RETIRADA DEL EJÉRCITO RUSO EN POLONIA



Suministro del rancho caliente a una columna rusa, según datos enviados por el corresponsal especial de *The Sphere* en el ejército ruso. (Reproducción autorizada.)

La retirada del ejército ruso ante el empuje victorioso de los alemanes llama justamente la atención de los técnicos por el orden con que se ejecuta; las columnas resisten al enemigo en la proporción debida, esto es, ni demasiado tiempo para exponerse a ser copadas, ni tan poco que permitan el rompimiento del frente.

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — He aquí los hechos más salientes, según los partes de los aliados: en la región de Arrás, los franceses han tomado la encrucijada de la carretera de Bethume a Arrás; han realizado una ganancia apreciable de terreno en el Artois; y han rechazado ataques al Norte de Carleul y al Norte de Souchez. En el Argonne, han rechazado un ataque contra Haute Chevauchée y han hecho fracasar la tentativa de los alemanes para avanzar en la región de María Teresa. En los Vosgos, se han instalado en la cresta de Sondernach, rechazando los contraataques enemigos, han tomado algunas trincheras en la cresta de Schratzmaennele y en las crestas de Lingenkopf-Barrenkopf, y en la región de Ammerzwiller han destruido algunas posiciones alemanas y han hecho saltar varios depósitos de municiones. Reconocen, en cambio, que los alemanes han logrado situarse en las trincheras que habían perdido en el camino de AblainAngres(Arrás).

Los alemanes, según los despachos de su cuartel general, han desalojado a los franceses de los elementos de trinchera que les habían tomado entre Angres y Souchez, y han rechazado varios ataques en Lingenkopf. Los propios despachos confiesan que los franceses, después de un intenso cañoneo, tomaron algunos elementos de trinchera al Sudoeste de Sondernach y que en Schratzmaennele el enemigo ocupó parte de las posiciones avanzadas alemanas.

En el resto del frente ha habido la acostumbrada lucha de artillería, minas, granadas de mano, etc.

Teatro de la guerra de Oriente. — Los austroalemanes han proseguido su avance y la retirada de los

rusos se ha efectuado en todas partes en las mismas buenas condiciones que señalábamos en nuestra última crónica. Los austroalemanes se han apoderado sucesivamente de las importantes plazas de Kovno, Novo Georgievski, Bielsk, Ossowiecz, Tykocin y Woltschin; en la primera han tomado innumerable material de guerra, entre él 400 cañones; en la se-

tos combates han llegado a la región de Pischtscha.

La importancia de la toma de Kovno ha sido reconocida por los propios diarios y críticos militares ingleses, al decir de uno de los cuales la posesión de aquella plaza por los alemanes permitirá a éstos franquear el Niemen y marchar sobre Vilna, poniendo en situación muy difícil al ala derecha rusa.

Los partes oficiales rusos se limitan a decir que sus ejércitos han contenido en muchos sitios la ofensiva alemana.

Las autoridades rusas, según dicen periódicos de Petrogrado, han ordenado la evacuación de Riga.

Italianos y austriacos. — Los italianos dicen haber tomado nuevos atrincheramientos en el frente del Tirolo e importantes alturas en los valles del Adda y del Adigio; que han avanzado en Val Suzano y han hecho progresos en el alto Rienz (Carintia), habiendo ocupado un reducto en Monte Paterno y rechazado los contraataques que realizaron los austrohúngaros para recuperar esta posición. En la región del Isonzo, han tomado una línea de sólidos atrincheramientos en la zona de Tolmino, en donde continúan con incesantes progresos las operaciones para cerrar esta plaza y han rechazado algunos contraataques del enemigo; han tomado también varias trincheras en el sector de Monte Nero y fuertes líneas de atrincheramientos en el Carso, en donde han realizado algunos progresos.

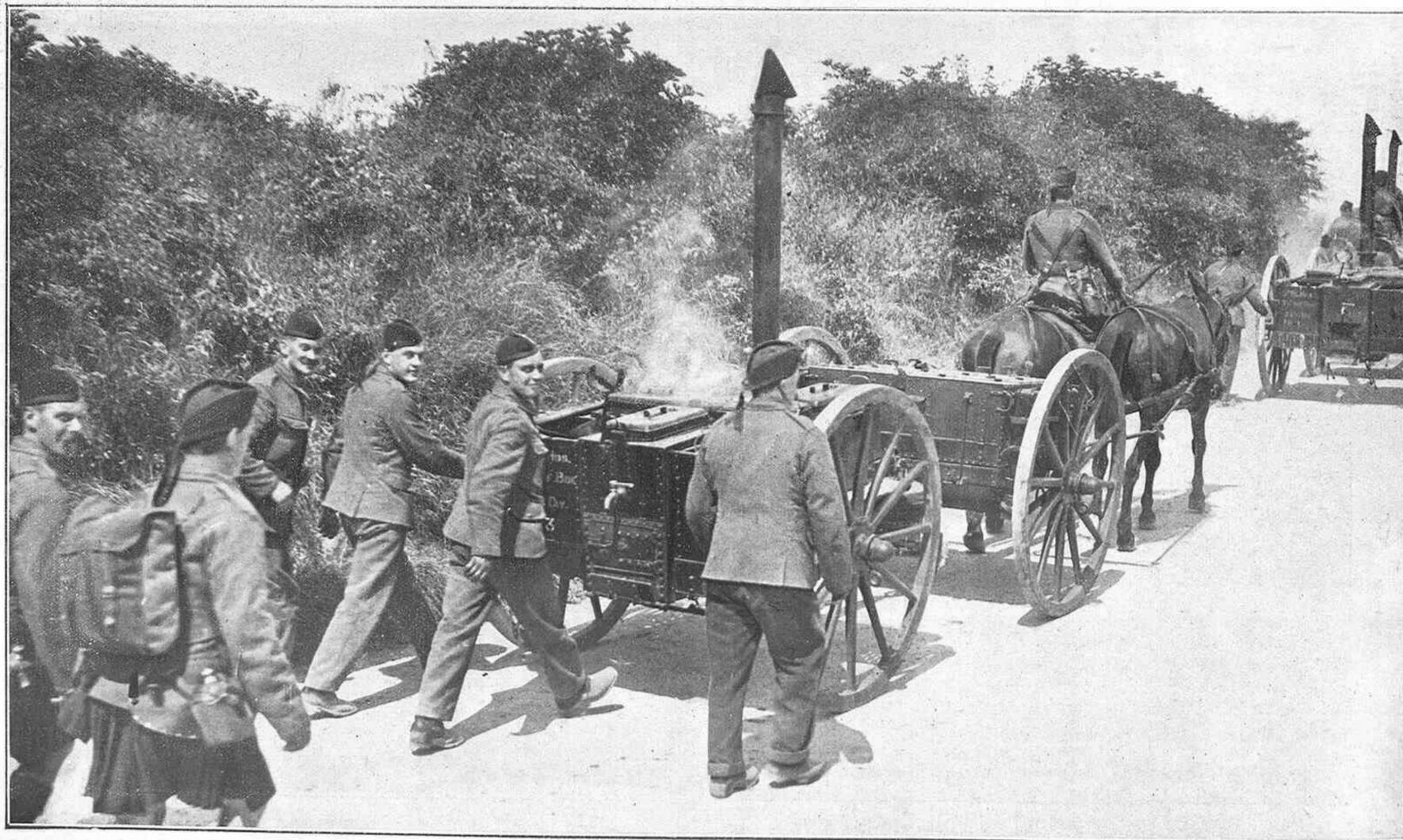
Según comunicado del ministerio de Marina italiano, una escuadra austriaca compuesta de 21 unidades atacó la isla de Pelagosa, pero fué rechazada por la guarnición.

El parte austriaco referente a esta operación dice que una flotilla bombardeó la isla Pelagosa, causando grandes daños en el faro y en los cuarteles, in-



En el valle del Isonzo. — Campamento austriaco, en el que se ven las piezas de artillería cubiertas con ramaje para que no puedan ser descubiertas por los aviadores. (De fotografía.)

gunda se han hecho dueños de 700 cañones y mucho material, y han hecho 85.000 prisioneros. Han seguido avanzando al Sur y al Sudeste de Kovno, obligando a los rusos a retirarse hacia el Este; han perseguido muy de cerca al enemigo al Oeste del Bug; han atravesado este río en Melnik y entre Nemirov y Janow; han avanzado sobre Janow y Brest-Litovsk; han tomado el puente del Bug enfrente de este último punto; han continuado su avance al Este del ferrocarril de Bielostok a Brest-Litovsk, atravesando esta vía férrea y rechazando a los rusos hasta las avanzadas de esta última plaza; y en la región de Vlodava han atravesado el ferrocarril que va desde Cholm hasta Brest y después de violen-



Cocinas de campaña del ejército inglés que funcionan durante las marchas de modo que al término de la jornada puede servirse inmediatamente la comida a las tropas. (Fot. Parrondo.)



En los Vosgos. - El Presidente de la República francesa Sr. Poincaré revistando un batallón de cazadores alpinos. (De fotografía de Branger.)

cendiando las tiendas de campaña, destrozando mucho material y demoliendo una posición de cañón sin que el enemigo, que no salió de sus trincheras, opusiese la menor resistencia.

Los austriacos afirman haber rechazado los ataques contra las posiciones de Schluderbach, Toblin y planicie de Folgaria (Tirolo); contra las de Valsuzanó (Trentino), San Martín y cabeza de puente de Tolmino (Isonzo); así como los intentados contra el frente de Istria. Un hidroplano austriaco ha lanzado en la costa de Venecia algunas bombas que han hecho explosión en las fortificaciones.

En los Dardanelos. - Hay gran escasez de noticias respecto de las operaciones que en la península de los Dardanelos se desarrollan. Las pocas que se tienen proceden de los aliados y según ellas, éstos han realizado notables progresos, sobre todo en su ala izquierda.

La guerra naval. - En el golfo de Riga ha habido un largo combate entre la escuadra alemana y la rusa. El comunicado del Estado Mayor naval de Petrogrado dice que el 16 de este mes la flota alemana renovó con gran ímpetu sus ataques contra las po-



En Londres. - Mr. Lloyd George revistando uno de los regimientos recientemente formados. (De fotografía de Parrondo.)

para su reparación. Hay que tener en cuenta que estas noticias no alcanzan más que hasta la tarde del 19, al paso que las del comunicado oficial ruso se refieren principalmente a los días 19, 20 y 21.

En cuanto la prensa alemana protesta enérgicamente contra las noticias propagadas por los rusos respecto de esta batalla naval, y afirma que no se ha hundido ninguna unidad de gran porte ni crucero alguno ni han sufrido averías de importancia. Añade que no hubo desembarco y que los buques que los rusos pretenden haber hundido lo fueron expresamente por los alemanes para el embotellamiento del puerto. No obstante esta protesta, no deja de ser significativo el hecho de que esta rectificación no haya sido hecha oficialmente.

En aguas de Dinamarca un torpedero alemán destruyó al submarino inglés Z-13. Este suceso ha determinado una enérgica reclamación del gobierno danamarqués, al que el de Berlín ha dado toda clase de satisfacciones.

Dos torpederos franceses han echado a pique un contratorpedero alemán a la altura de Ostende.

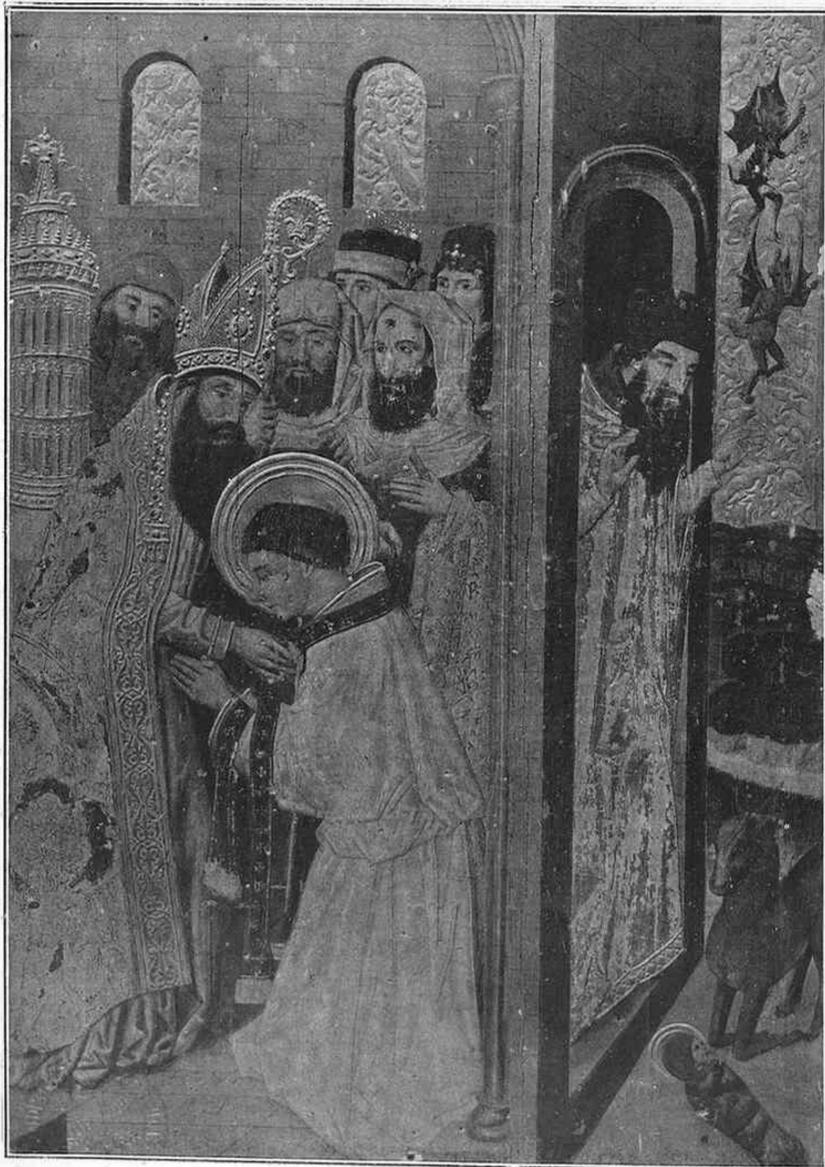
Varia. - Unos zeppelines han bombardeado el importante barrio de la City, de Londres, y los altos hornos de Woodbridge e Ipswich, causando varios muertos y heridos y considerables daños materiales.

Italia ha declarado la guerra a Turquía. Los aliados creen que esta determinación decidirá a los Estados balcánicos a intervenir en la lucha contra los imperios centrales.

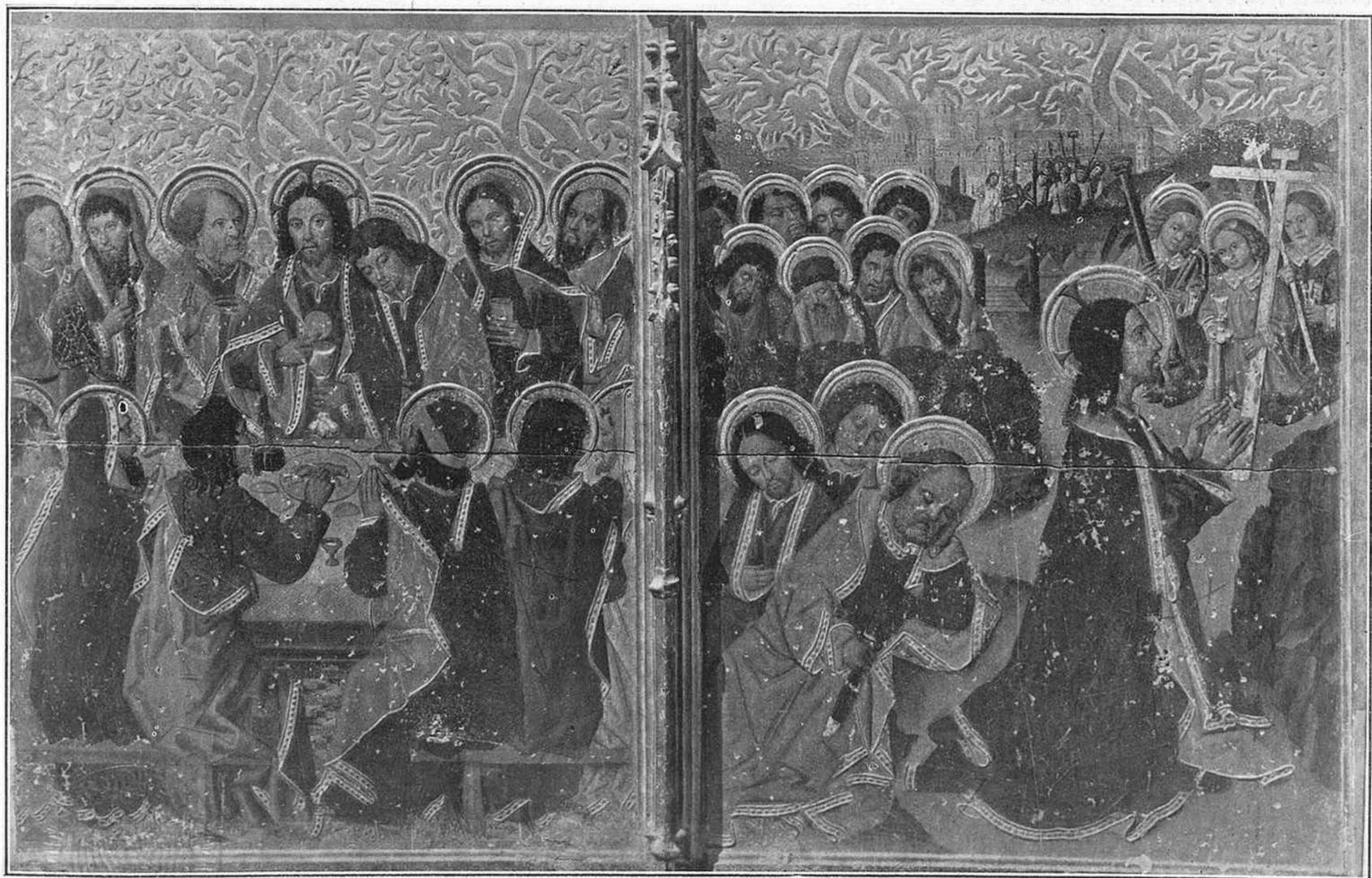
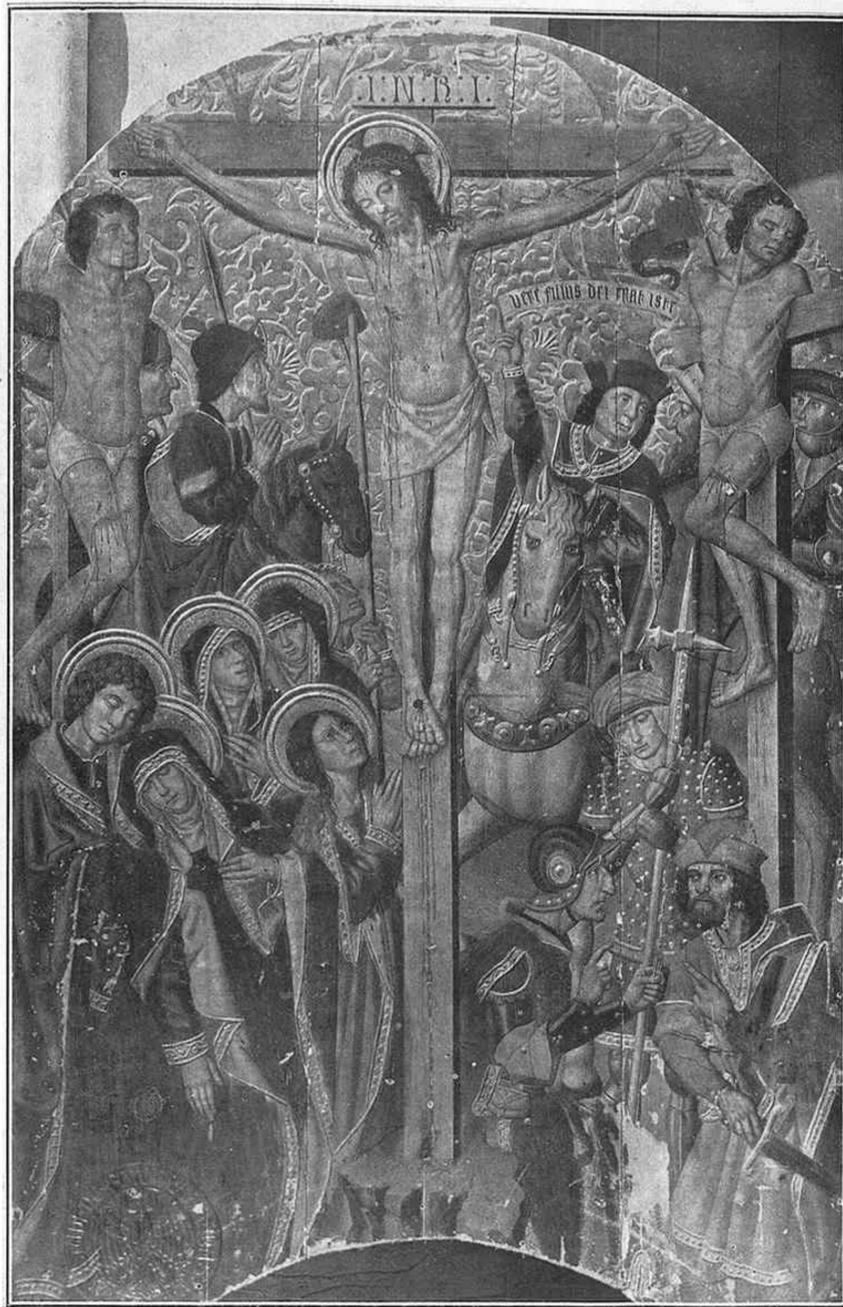


La banda de tambores y la bandera de la división marroquí que lucha en el Noroeste de Francia. (Fot. Rol.)

siciones rusas de la entrada de aquel golfo; los barcos rusos, aquel día y los siguientes, rechazaron tales ataques, pero al fin se retiraron resistiendo al enemigo y sin perder el contacto con él. Los días 19 y 20 la escuadra alemana prac-



Nacimiento de San Esteban. - Descubrimiento del cuerpo incorrupto de San Esteban. - Ordenación de San Esteban. - Milagrosa liberación por San Esteban del almirante Galcerán de Pinos y del noble caballero Sancerni, señor de Suil, que eran cautivos de los sarracenos. (De fotografías de Mas.)



Cristo en la Cruz. - Elección de San Esteban Diácono. - Institución de la Eucaristía en la Santa Cena. - La oración de Jesucristo en el huerto de Jethsemani
(De fotografías de Mas.)

MONUMENTO A D. BERNABÉ SORIANO

Hace pocos días efectuóse en Jaén la inauguración del monumento que adjunto reproducimos dedicado a la memoria del sabio médico y filántropo D. Bernabé Soriano, que puso siem-



Monumento al filántropo D. Bernabé Soriano, recientemente inaugurado en Jaén, obra del escultor don Jacinto Higuera.

pre su vida, su talento y sus intereses al servicio de los necesitados. La estatua, que descansa sobre elegante y sencillo pedestal, es obra del notable escultor D. Jacinto Higuera, quien ha realizado un admirable trabajo artístico.

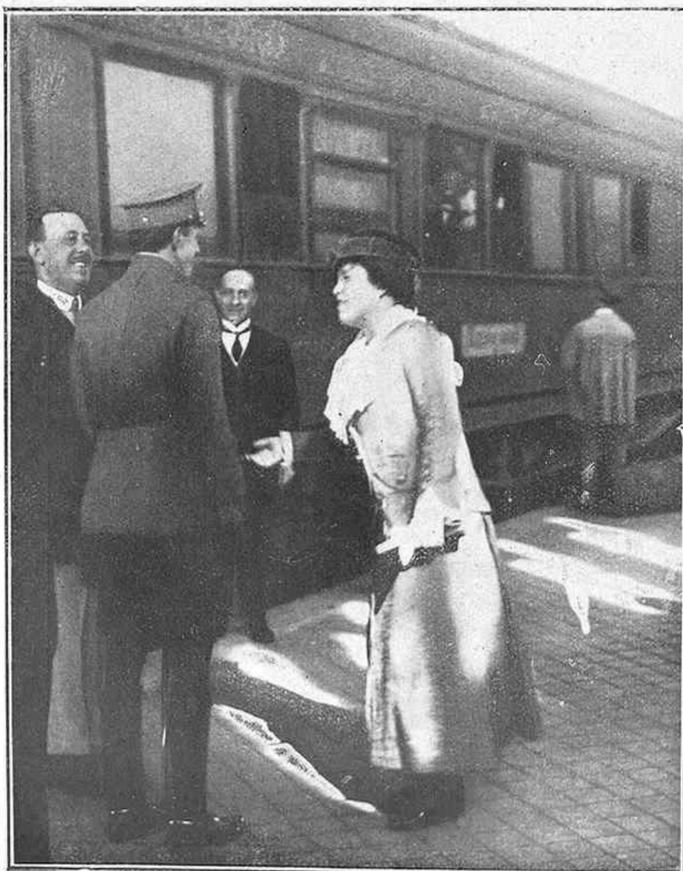
El monumento ha sido costeado por suscripción pública que inició el Ayuntamiento y patrocinó el exsubsecretario de Gobernación y senador vitalicio D. José del Prado y Palacio.

En el acto de la inauguración el Sr. del Prado y Palacio pronunció un elocuente discurso ensalzando la memoria del Sr. Soriano, amparo de los pobres y desvalidos, elogiando calorosamente al escultor Sr. Higuera que en su estatua ha sabido reproducir fielmente la fisonomía y la expresión bondadosa del ilustre filántropo, y dedicando un período brillante a la vida nueva de Jaén, que se transforma y evoluciona hacia los mayores progresos.

El alcalde, Sr. Monje Avellaneda, pronunció sentidas y elocuentes frases que, como el discurso del Sr. del Prado y Palacio, fueron muy aplaudidos.

LA PRINCESA DE SALM-SALM

Procedente de Gibraltar ha llegado a Madrid la princesa Salm-Salm que fué recibida en la estación por S. M. el Rey. Por la tarde, la princesa, el monarca y sus séquitos marcharon



Madrid. Llegada de la princesa Salm-Salm, a quien recibió S. M. el Rey. - Santander. SS. MM. D. Alfonso y D.^a Victoria, acompañados de las princesas Salm Salm y Beatriz, al salir del Real Palacio de la Magdalena en automóvil conducido por el Infante D. Alfonso. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Torrelavega. - Gondola que figuró en la retreta artística y grupo de señoritas que iban en ella. (Fot. de J. Vidal.)

a La Granja, en donde los esperaba S. A. la Infanta D.^a Isabel, y a la mañana siguiente salieron en automóvil para Santander. A las siete de la tarde llegaron a aquella capital; el gobernador civil Sr. Aranguren salió a esperar fuera de la población a los augustos viajeros, quienes se dirigieron al palacio Real de la Magdalena, en donde fueron recibidos por S. M. la Reina D.^a Victoria, con sus hijos y los infantes D. Carlos, D. Alfonso, D.^a Luisa y D.^a Beatriz.

TORRELAVEGA. - RETRETA ARTÍSTICA

Como final de las fiestas celebradas en Torrelavega en honor de su Patrona, efectuóse el día 19 de este mes una brillante retreta artística organizada por los socios del Casino de Recreo.

Figuraron en ella numerosas carrozas, engalanadas con extraordinario arte y a las que daban escolta soldados del batallón infantil, heraldos y niños a caballo vistiendo el uniforme de húsares de la Princesa y llevando todos farolas alegóricas con los nombres de los más ilustres montañeses.

En las distintas carrozas, lucían sus encantos, vestidas de charras unas, otras de montañesas y otras con el típico mantón de Manila, las señoritas Amanda Fernández, Josefina Espinosa, Cristina Muñoz, Elisa Cayón, Natividad Macho, María Luisa García, Alicia Serrano, Elisa Herrera, Concha Mesones, Isabel Fernández, Mariana Macho, María Luisa Abascal, Marina Quevedo, María Cristina Rodríguez, Asunción Acebo, María Teresa García, Marina Cortés, Julia Jáuregui, Esperanza Roig, María Muñoz, Julia Abascal, María Ingelmo, Paquita Mesones, Fe Rodríguez y María Luisa Pedraza.

EL PROFESOR PABLO EHRLICH

Este eminente biólogo, recientemente fallecido, nació en Strehlen (Silesia) el año 1854 y realizó sus estudios de Biología y Medicina en Breslau, Friburgo, Estrasburgo y Léipzig.

En 1896 fué nombrado director del Instituto Serológico de Steglitz (Berlín) que en 1899 fué trasladado a Fráncfort. Hizo importantes estudios sobre las enfermedades de la sangre por herencia y por inoculación y en estos últimos años se dedicó por entero a los estudios de la Quimioterapia y de los tumores malignos.

En 1908 obtuvo el premio Nóbel de Medicina

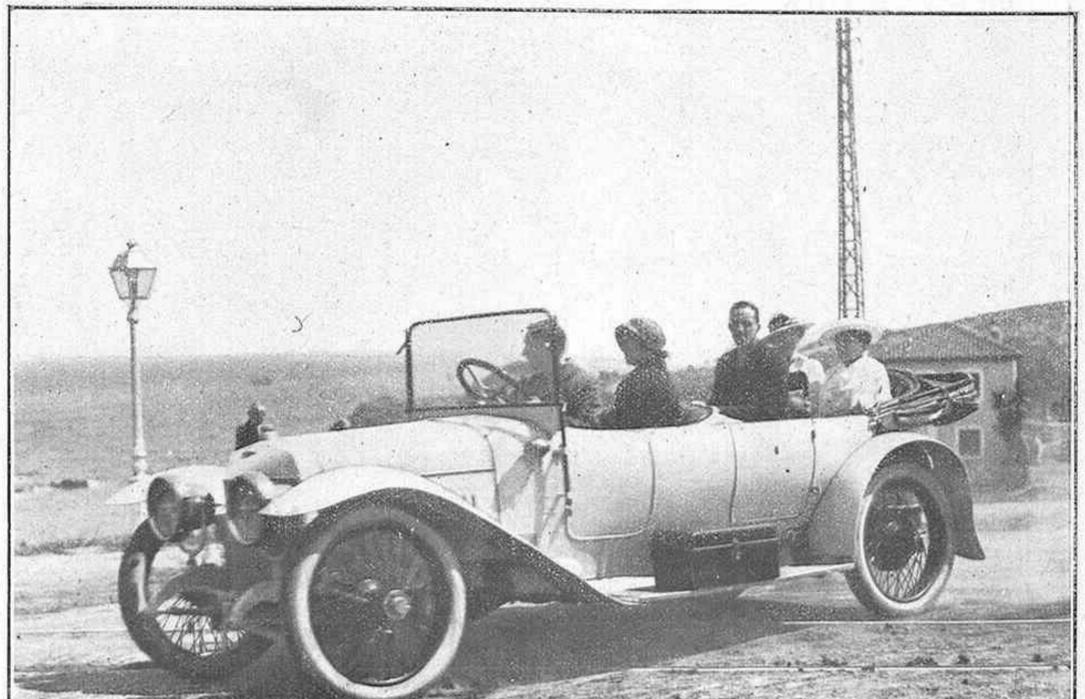
que compartió con el doctor ruso Elías Metchnikoff, director del Instituto Pasteur, de París, y dos años después, descubrió los dos energéticos medios terapéuticos conocidos con los nombres de *Atoxil* y *Salvarsán* o 606, que le dieron fama universal.

Había sido director del Instituto Imperial y actualmente lo era del Instituto Químico de Fráncfort.

Deja publicadas varias importantes obras.



El ilustre biólogo alemán Dr. Pablo Ehrlich fallecido recientemente. (De fotografía.)



MI TIO FLORENCIO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR ANDRÉS THEURIET. - ILUSTRADA POR E. BOUARD. (CONTINUACIÓN.)

Ternat, con una faja azul bajo una americana de lanilla blanca, y la señorita Sol, en traje de amazona, nos escoltan a caballo y caracolean delante de nosotros.

El coche arranca ligero y no tardamos en llegar a Saint-Sauveur.

Mientras marchamos a lo largo de la única calle de la aldea, Florencio Garaudel se agita en el pescante, interroga en voz baja al cochero, mira hacia las ventanas, a derecha e izquierda, y yo adivino por qué razón no ha querido tomar asiento en el interior del landó.

Sigue pensando en la señora de Val-Clavin y escudriña con la mirada las puertas y ventanas de las casas de huéspedes, inspecciona las aceras por las cuales varias transeuntes se dirigen hacia el *Establecimiento para señoras*, con la quimérica esperanza de ver aparecer a la fugitiva Herminia.

¡Molestia inútil! Hemos pasado la iglesia nueva, y ahora la carretera de Gavarnie desarrolla su pálida y rosada cinta, entre un muro de rocas a la izquierda, y el pequeño parapeto que la separa, a la derecha, del precipicio en que corre tumultuosamente el torrente.

La señora Egrefeuil ha cerrado desde luego temerosamente los ojos al aspecto de este abismo al borde del cual marcha el landó; pero después, muellamente mecida por el movimiento del coche, ha acabado por cerrarlos de veras y por reanudar su sueño prematuramente interrumpido.

El Sr. Egrefeuil considera a su esposa con aire paternal y suspira:

- ¡La pobre!.. ¡Duerme tan mal, por la noche, y la hemos despertado tan temprano! Sacúdala usted lo menos posible, señorita Suzor, a fin de dejarla descansar...

Dionisia no se mueve; apenas ha cambiado algunas palabras conmigo; parece molesta por las miradas de su amo, complacientemente fijas en ella.

Vuelve la cabeza y diríase que se agrandan para admirar de paso la frescura de los prados de Lía, el deslumbramiento adiamantado de las cascadas, el movimiento de las hayas y de los tilos, el verde aterciopelado de los pasturajes en declive.

Se absorbe en la contemplación de las bellezas naturales, cambiantes sin cesar, y yo no me canso de admirar su rostro juvenil maravillado, resplandeciente de alegría y de entusiasmo; las emociones se suceden en él, como las rápidas manchas de sombra y de luz que pasan alternativamente por las pendientes roquizas y por los campos de avena.

Yo no escucho más que con un oído las melosas homilias del Sr. Egrefeuil, cubiertas por el rumor del torrente y por el ruido de los molinos establecidos al pie de los saltos de agua.

Cansados de escoltar el carruaje, Ternat y la señorita Sol se nos han adelantado; ya no los vemos más que como puntos negros que huyen hacia el desfiladero de Pragneres.

Encastillado en el pescante, Florencio domina la situación. De vez en cuando cuele la cabeza y nos lanza con voz de cicerone los informes que ha obtenido del cochero.

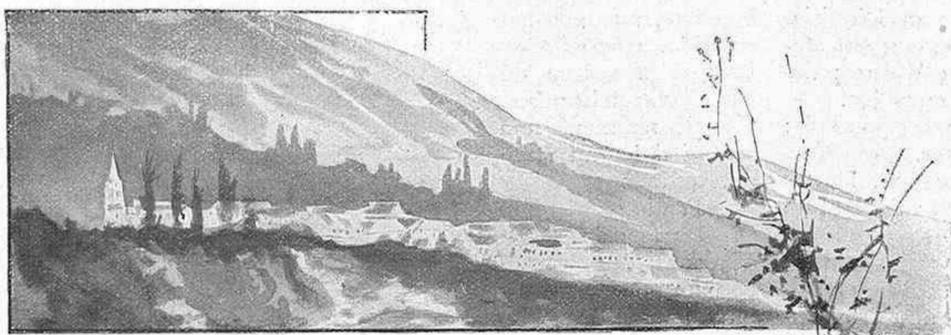
Nos señala la lejana aparición de las montañas del Circo y nos grita con ostentación los nombres de las principales cimas: El Casco de Marboré..., la Brecha de Rolando..., el Tailón...

Luego, a un gesto de desaprobación del azucarero señalándole a la señora Egrefeuil que duerme, vuelve a interrogar a Pedro Forcamidán, el cochero.

Este es un bearnés jovial, comunicativo, que nunca se queda corto.

Sus ojos negros, muy vivos, bajo gruesas cejas

también negras, observan curiosamente la fisonomía bobalicona de mi tío; con su pronta perspicacia meridional, Forcamidán no ha tardado en descubrir los puntos fuertes y los puntos flacos de Florencio Garaudel.



Como esos hábiles pescadores furtivos de río que cogen la trucha con la mano acariciándola cautelosamente bajo el vientre, halaga las manías científicas del exdroguero y procura inducirlo a excursiones botánicas, ofreciéndose a acompañarlo como guía:

- ¿Flores de montaña?, dice inclinando su boina azul sobre la oreja, venga usted conmigo a Vignemale o simplemente al Pico de Bigorre, y le haré coger la mar de flores raras, anchas como la mano. Y si tiene usted un poco de paciencia, también le enseñaré osos... ¡A fe de Forcamidán!

Al mismo tiempo le da su tarjeta, y, con una ladina verbosidad, le cuenta asombrosas *gasconadas*.



Cansados de escoltar el carruaje, Ternat y la señorita Sol se nos han adelantado

Sentimos de paso un delicioso olor de reinas de los valles y de hierba segada.

Nos encontramos en Gedres, cuyas casas en anfiteatro en el fondo de una garganta llena de verdura parecen dormir entre las chorreaduras de alegres fuentes.

Allí encontramos a Ternat y a Sol, mezclados con una turbulenta cabalgata de turistas de ambos sexos, que desfilan pintorescamente por la accidentada carretera.

Los alrededores son ahora más ásperos; hay menos vegetación en las vertientes; apenas surgen, acá y acullá, algunos raquíticos álamos blancos de pobre y melancólico follaje.

No tardamos en llegar al Gran Caos, donde las voces de los jinetes y los chasquidos de látigo repercutidos por el eco de las montañas, sacan brusca-mente a la señora Egrefeuil de su sueño.

Despiertan en medio de un formidable montón de rocas desprendidas, altas como casas, al pie de las cuales los turistas desfilan, como una procesión de hormigas.

La buena señora se asusta y lanza un grito de espanto.

- Amiga mía, replica el Sr. Egrefeuil, lleno de solitud, atravesamos el famoso Caos. Sobre una de esas rocas gigantescas van a enseñarte luego las huellas de los dos pies traseros del caballo de Rolando.

- ¿Y para ver semejantes horros me habéis traído? Muchas gracias. Prefiero volverme a Luz, protesta la pobre mujer.

Cuesta trabajo tranquilizarla asegurándole que dentro de un cuarto de hora estaremos en Gavarnie, donde nos espera un succulento almuerzo encargado la víspera.

En efecto, después de otra cuesta, la última, el coche para delante del hotel, en una meseta donde bulle una multitud de excursionistas, guías, caballos y burros de alquiler.

Una algarabía de ofrecimientos, proposiciones, risas femeninas, relinchos, rebuznos y chasquidos de látigo cubre el rumor del torrente.

Los guías de Aguas Buenas se pavonean con su traje de lana blanca y roja; las amazonas, apeadas, con sus velos flotantes y sus faldas de cola, parecen largas mariposas a quienes cuesta trabajo desembarazarse de su crisálida.

Aturdidos, nos refugiamos en el comedor donde nuestra mesa está reservada, y como el aire de la montaña ha avivado nuestro apetito, despachamos casi silenciosamente nuestro almuerzo.

Estamos impacientes por llegar al Circo, cuyas grandiosas fortificaciones hemos visto ya delinearse sobre el azul del cielo, pero del cual nos separa todavía una hora de marcha.

¡Ay!, a nuestra salida del comedor, el cielo nos prepara una desagradable sorpresa; se ha cubierto poco a poco de niebla, y negros nubarrones cubren las montañas del fondo.

Se oye retumbar sordos truenos por la parte de España.

Sin embargo, no queremos haber llegado tan cerca del Circo sin ver nada de las esperadas maravillas. Solamente la señora Egrefeuil jura que no se moverá del hotel.

Entonces su marido, con aires de santo dispuesto a sacrificarse, propone flojamente quedarse a su lado... a menos que la señorita Suzor consienta en hacerle compañía.

- No, suspira la señora, no necesito de nadie y no quiero que esta muchacha se prive por mí del placer de la excursión. Voy a encerrarme en un cuarto con los postigos bien cerrados, a fin de evitar que los relámpagos me pongan nerviosa.

Así arregladas las cosas, nos apresuramos a partir.

Ternat y Sol, ya a caballo, cabalgan por el estrecho sendero que baja por entre los bosques brotados en terrenos de un antiguo lago.

El Sr. Egrefeuil y mi tío montan caballos de alquiler.

Dionisia se contenta con ir a lomos de un burro pacífico y yo la escolto a pie.

El aire es muy pesado y el sendero muy abrupto; marchamos lentamente por entre alisos y saúces.

Ternat y su compañera nos han dejado muy atrás y desaparecen en la espesura.

Florencio, no se mantiene muy firme en su montura y a cada instante teme caerse.

Por compasión, el Sr. Egrefeuil modera el paso de su caballo y ambos cierran la marcha, mientras que nosotros vamos a igual distancia de las dos parejas, formando el centro de la columna.

A pesar de las amenazas de tormenta y de nublado, la señorita Suzor parece encantada de su paseo. Sus grandes ojos negros brillan alegremente bajo el ligero follaje de los sauces.

— ¿No teme usted al mal tiempo?, le digo.

— ¿Cree usted que va a llover?

— Lo temo.

— ¡Bah!.. Será lo que Dios quiera... Siempre hay que pagar el placer con alguna contrariedad... Estoy tan contenta de lo que he visto y de lo que voy a ver, que no pienso en la tormenta... ¿Y usted, señor Silmont?

— Yo estoy tanto más encantado cuanto que temí un instante que la obligasen a quedarse en el hotel... Está visto que la señora Egrefeuil no es una mala persona.

— Vale más que su marido, murmura Dionisia. Entre nosotros sea dicho, ese hombre, con sus afables maneras, no me inspira gran confianza; tiene un modo de mirar a la gente, que mortifica.

Se interrumpe y extiende su mano desenguantada:

— ¡Ah!, tenía usted razón. Caen gotas.

— Quizá no será más que un chaparrón... De todas maneras, nuestro paseo de hoy no valdrá el de Sazos.

Vuelve hacia mí sus ojos francos y puros y dice:

— ¿De veras, no se aburrió usted? Siempre me admira que un hombre como usted, un novelista, encuentre placer alguno en la conversación de una pardilla como yo.

— Si no supiese que usted detesta los cumplimientos, le contestaría que la pardilla tiene el más bonito de los gorjeos... Todo cuanto puedo decir a usted es que ese paseo de Sazos es uno de mis buenos recuerdos... ¿Cuándo podremos repetirlo?

Ella esboza una maliciosa sonrisa.

— ¿Quién sabe?... Quizá más pronto de lo que usted piensa. Después de la expedición de hoy, la señora Egrefeuil estará muy cansada; mañana, seguramente se quedará en cama hasta el medio día, y tendré algunas horas libres... Ya está usted cogido y obligado a acompañarme.

— La acompañaré con el mayor gusto, exclamo encantado.

Y añadido, inclinándome hacia Dionisia y poniendo mi mano sobre el cuello del burro:

— ¿Convenido, verdad?. Por si acaso, iré a las ocho a esperar a usted en la carretera de Saint-Sauveur.

— Convenido... Pero, por Dios, no gestione usted con esa animación; no adoptemos la actitud de personas que complotan juntas... Pienso usted que su tío y el Sr. Egrefeuil vienen detrás de nosotros y nos espían sin duda.

Vuelvo la cabeza. A treinta pasos atrás, Florencio Garaudel y el azucarero cabalgan juntos y parecen cambiar preciosas confidencias.

He aquí su conversación tal como me fué referida más tarde por mi tío, que no sabe guardar nada para sí.

Como lo presentía la señorita Suzor, los dos jinetes no nos perdían de vista, y, de pronto, el señor Egrefeuil, con un tono hipócritamente contristado, murmuró:

— ¡Eh! ¡Eh! Eso no me gusta mucho.

— ¿Qué es lo que no le gusta a usted, Sr. Egrefeuil?

— La familiaridad demasiado íntima que se ha establecido entre su sobrino y la señorita Suzor... Vea usted... Va pegado a ella; se la come con la vista... En la mesa, de paseo, en todas partes está siempre al lado de ella. Se ve que le hace la corte.

— ¡Ah!, ¿usted también lo ha notado?, suspira Florencio moviendo la cabeza.

— ¡Si salta a la vista!.. No soy mojigato, y, si se tratase de una extraña, no diría una palabra. Su sobrino es hombre de temperamento, le gusta galantear, está en carácter dentro de su papel de soltero... Pero la señorita Suzor entró en mi casa como dama de compañía, y si se deja comprometer, el escándalo caerá sobre nosotros... En interés de la moral y en mi calidad de padre de familia, estoy en el deber de poner coto a eso. A menos de que el señor Silmont no haga la corte a la muchacha con buen fin...

— ¡Ah!, ¡eso no!, protesta Florencio enérgicamente; yo me opondría con todas mis fuerzas.

— En este caso, es necesario que usted y yo nos entendamos para hacer cesar este desorden. Esta noche misma, amonestaré a la señorita... En cuanto a usted, mi querido Sr. Garaudel, ya está avisado.

— Pierda usted cuidado, Sr. Egrefeuil... Yo le pondré las peras a cuarto a Miguel, y obraré de modo que el mal quede cortado de raíz.

— ¡Perfectamente! Es usted un hombre de buen sentido y me alegro de ver que nos entendemos.

— Puede usted contar conmigo, afirma gravemente mi tío.

Y continúa luego con un tono insinuante:

— Ya que estamos en el terreno de las confidencias, mi querido Sr. Egrefeuil, confiese usted que no vi visiones en el lago de Gaube, y que fué perfectamente usted a quien vi allí con la señora de Val-Clavín...

El Sr. Egrefeuil sonríe discretamente, acaricia sus patillas y replica:

— Sí... era yo... Solamente por no dar qué sospechar a mi mujer, algo celosa, no quería hablar en su presencia de mi encuentro con esa señora... Encuentro fortuito y muy inocente, puede usted creerlo... Conocí años atrás a la señora de Val-Clavín en Londres.

— ¿Es realmente una señora del gran mundo, verdad?

— ¡Ya lo creo!, replica el negociante con aire socarrón; pertenece a un mundo *select* y muy agradable... ¿Le interesa a usted?..



... el parapeto separa el precipicio en que corre el torrente

— ¡Psé!, contesta Florencio modestamente; la señora de Val-Clavín era mi vecina de mesa en Caute-rets, donde me sedujo con la gracia de sus maneras y la distinción de su espíritu... Creo que en este momento habita en Saint-Sauveur... ¿Sabe usted su dirección?

El Sr. Egrefeuil contesta evasivamente:

— Sé que vive muy retirada... muy retraída... y no estoy autorizado para hacerle traición a su incógnito... Sin embargo, puedo ponerle a usted sobre la pista... Ella debe partir el domingo próximo para Bagnères, pasando por el *Pic du Midi*... Si desea verla, tiene usted probabilidades de encontrarla siguiendo el mismo itinerario.

— ¡El domingo!.. repite Florencio, pensativo.

— Sí, dentro de dos días por consiguiente... ¡Caramba!, ya tenemos la lluvia encima... Apresuremos un poco el paso, si no, nos exponemos a mojarnos como sopas.

Anchas gotas de lluvia hacen doblar las hojas de los abedules.

Ya no se oye más que el trote de los caballos y el fresco ruido del chaparrón.

Al cabo de un cuarto de hora, toda la caravana se detiene delante de la pequeña hostería que se alza sobre una calzada, a la entrada del Circo.

Mientras nos sirven refrescos, la lluvia pone un velo entre nosotros y el sitio que hemos venido a contemplar; pero es demasiado recia para que dure. Poco a poco su violencia disminuye; el cielo se despeja, la niebla desaparece barrida por un viento glacial, y entonces la grandiosa disposición del Circo se revela en su sombría e imponente belleza.

Tres colosales estribos de mármol negro, con numerosas graderías, forman este hemicírculo de Babel, de cuatrocientos metros de altura y cerca de una legua de longitud.

El segundo estribo se eleva más orgulloso y más poblado de graderías que el primero, y así sucesivamente hasta los muros del Marboré, última y formidable muralla perpendicular, coronada de cornisas y de torres nevadas.

A la izquierda, de lo alto de esta muralla de hie-

lo, la gran cascada de Gavarnie salta vaporosa, ligero y virginal polvo de agua que baja de una altura de mil doscientos pies con una gracia indolente y majestuosa.

Llega abajo como una divinidad del Olimpo, dejando deslizarse lentamente por todos lados los verdiosos pliegues de su vestido de nieve.

En torno de ella, y como un cortejo real, se esparcen ocho o nueve cascadas, también hermosas, pero de una belleza más modesta, destinada a realzar el esplendor de la cascada reina.

A medida que se acerca uno a este circo dantesco de chorreantes aguas, de oscuras y húmedas profundidades, de graderías en las cuales podría sentarse toda una humanidad, parece que penetra en un inmenso y terrible anfiteatro, preparado para las reuniones del Juicio final.

Aturdidos, deslumbrados, silenciosos, contemplamos religiosamente esta maravilla de los Pirineos.

Florencio, esta vez, completamente desconcertado, no se permite ninguna reflexión vulgar ni ninguna comparación incongruente.

Ternat y Sol se hallan absortos.

El mismo Sr. Egrefeuil parece emocionado.

Junto a mí, Dionisia Suzor está como en éxtasis, con los ojos asombrados y los labios entreabiertos.

El Sr. Egrefeuil rompe el silencio haciendo observar que son más de las tres y que es hora de emprender la vuelta hacia la aldea de Gavarnie donde su mujer nos espera.

Pero esto contraría los proyectos de mi tío. Éste ha notado que varios turistas volvían del Circo con plantas arrancadas de las rocas. Quiere absolutamente atravesar el Puente de nieve y avanzar hasta el pie de la gran cascada.

— Está ahí, a cien pasos, exclama, y yo tengo ganas de verlo todo.

En vano le explico que le engaña una ilusión óptica y que necesitaría media hora larga para satisfacer su curiosidad; él se obstina, como de costumbre, y se encoge de hombros:

— ¿Media hora?.. Te estás burlando de mí... Estaré allí dentro de diez minutos... No me iré de aquí sin haber tocado la Cascada con la mano... Partan ustedes; los encontraré en la hospedería.

Nos deja y se dirige resueltamente hacia el Puente de nieve.

— Le esperaremos a usted hasta las cinco, le grita severamente el Sr. Egrefeuil... ¡Ni un minuto más!

Nos volvemos.

Yo monto el caballo de mi tío, Dionisia sube de nuevo sobre su burro, y por esta vez ha terminado nuestro coloquio, pues el regreso se opera rápidamente.

En la puerta del Hotel des Voyageurs encontramos a la señora Egrefeuil que se mece en un *rockingchair*, hablando con nuestro cochero.

Esperamos hora y media y Florencio no parece.

Empiezo a estar inquieto; la señora Egrefeuil se enerva, y su marido, apurada su paciencia, da orden de enganchar.

— Si su tío no ha llegado dentro de diez minutos, declara el azucarero, partiremos sin él.

Los caballos están prontos a ponerse en marcha. Pedro Forcamidán, en el pescante, coge las riendas; la señora Egrefeuil, con sus chales y sus almohadones, se ha instalado ya en el fondo del landó, cuando por fin el rezagado desemboca en la vereda.

Viene en un estado lastimoso; sin resuello, con los ojos fuera de sus órbitas, rojo como un tomate, parece haber sido rociado por la Cascada, de tal manera el sudor le chorrea por la frente, la nariz y las orejas.

A pesar de todo, no se altera:

— La distancia era, en efecto, mayor de lo que yo creía, y sudo a mares... Pero, dice agitando un ramo de flores amarillas, estoy contento... Allá, en el fondo del Circo, he encontrado la planta de mis ilusiones... ¡el *árnica montana*!

— ¡Buena ocasión ha escogido usted para herborizar!, refunfuña el Sr. Egrefeuil... ¡Vamos, en marcha!.. A causa de usted, llegaremos tarde.

Florencio se dispone a obedecer cuando la señora Egrefeuil se apiada de él:

— Abríguese usted, al menos, exclama ella; el aire ha refrescado y en el estado de transpiración en que usted se encuentra, corre peligro de coger una enfermedad que lo lleve a la muerte.

Le echan una manta de viaje que sujetan con dos chales prendidos en la espalda con alfileres; Dionisia

le ata encima de la gorra una pañoleta pasada por debajo de la barba.

Florencio se deja abrigar seriamente y trepa luego al pescante, sin sospechar que ataviado de este modo ofrece un aspecto grotesco.

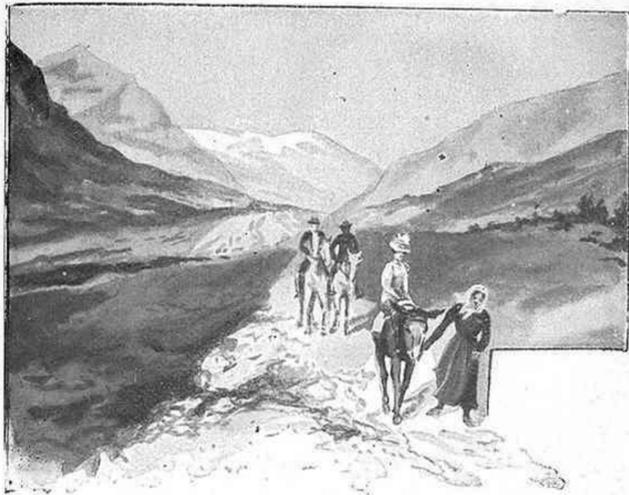
Forcamidán arrea los caballos y el landó parte rápidamente carretera abajo, mientras que Sol y Ternat trotan detrás.

El cochero a duras penas puede conservar la seriedad, cuando mira a su extraño vecino hecho un lío.

Bajo sus chales, Florencio, a quien la compasión de la señora Egrefeuil ha alarmado, empieza a tener miedo de coger una pulmonía, y esta aprensión da a sus ojos un brillo de desvarío.

Los turistas que se cruzan con nuestro coche, los campesinos sentados en las puertas de sus granjas, se pasman al aspecto de este personaje grotesco, azorado, inmóvil en su asiento, llevando en la mano un ramo de flores amarillas.

Sol, aficionada a las farsas, se detiene, delante de



... el regreso se opera rápidamente

cada transeunte y se lleva el dedo índice a la frente, para indicar que el pobre hombre está loco.

Por ridícula que sea la aventura, no deja de mortificarme; me avergüenzo de ver a mi tío entregado así a la burla de los curiosos.

Una mirada compasiva de Dionisia me demuestra que comparte mi disgusto, y esta muestra de bondad me la hace todavía más simpática.

Florencio permanece impassible.

Exhibe sus flores a Forcamidán y le pondera las virtudes del árnica.

— Es posible, replica el cochero; yo soy un ignorante... Pero nos acercamos a Gedres donde hay un maestro de escuela que recoge plantas y vende herbarios a los forasteros. Si usted quiere, le haremos una visita y encontrará usted a quién hablar. Ese hombre es entendido en la materia.

En efecto, en Gedres, nos detenemos delante de la escuela, y penetramos en la sala, donde hay instalados sobre una mesa álbumes de plantas desecadas.

El maestro es un hombrecito pálido y gordinflón, de fisonomía doctoral.

Forcamidán le presenta a Florencio como colega, y el maestro examina con desconfianza al singular personaje de tal modo empaquetado.

Le propone un herbario.

— Gracias, contesta desdeñosamente mi tío; no colecciono más que plantas frescas.

— ¡Ah!, ¿usted se ocupa en botánica?

— Perfectamente, caballero... Soy miembro de varias sociedades científicas y vengo a herborizar en este país. Hoy mismo he tenido el honor de descubrir el *árnica montana* en las rocas del Circo... Vea usted.

Esto diciendo, enseña sus flores amarillas.

— ¿Eso?; replica el maestro encogiéndose de hombros; eso no es árnica.

— ¿Cómo?

— ¡Hombre! Se ha dejado usted inducir en error por una vaga semejanza, y su análisis ha carecido de exactitud. Su planta es simplemente el *Chrysanthemum auratum* vulgarmente llamado «margarita dorada». Vea usted, continúa el maestro abriendo uno de sus herbarios; aquí tiene usted la verdadera árnica; tiene el receptáculo más estrecho; los flósculos más claros e irregulares...

Creí que iba a heredar inmediatamente de Florencio Garaudel, de tal modo le ha hecho subir la sangre a la cabeza este chasco.

Se ha separado bruscamente de su contradictor para volver a subir al pescante al lado de Forcamidán, que se reía con disimulo.

Esta *plancha* de la «falsa árnica» ha excitado la locuacidad del gascón.

A la salida de Gedres, en tanto que el crepúsculo aterciopela los prados, Pedro señala con la punta de su látigo la punta de un rústico campanario, diciendo:

— Aquello es la ermita de Bedouret.

Guiña el ojo, encoge los labios burlones y murmura:

— Esa ermita tiene su historia.

Arde en deseos de contarla; parece considerar como un deber profesional el distraer a sus clientes; así es que, sin esperar el permiso, empieza:

— Antiguamente había en Bedouret un ermitaño... Yo lo he visto con mis propios ojos, cuando yo era muchacho... Se cuidaba de la capilla y cultivaba su pedazo de tierra alrededor. Entonces un labrador vecino, arando su campo, invadió el del ermitaño. Éste era rencoroso y, para vengarse, pidió a Dios que cegara al labrador, y así sucedió. El pobre diablo, no pudiendo ya ver para trabajar, pasó tristemente su tiempo, como puede usted pensar. Transcurrieron años y más años, uno tras otro. El ermitaño cayó enfermo y se acostó en su camastro. Finalmente, una mañana, el labrador ciego oyó cantos de iglesia; se enteró y le dijeron:

» — Es tu enemigo, el ermitaño, que ha muerto y lo llevan al cementerio.

» En seguida se hizo conducir vivamente al camino por donde debía pasar el cortejo, y, de pronto, en el instante en que el ataúd pasaba por delante del ciego, el compadre abrió los ojos y volvió a ver la luz del sol.»

— Ustedes lo creerán o no. Pero observen ustedes, continúa Pedro a guisa de conclusión, y sin duda lo habrán observado ya, que hay gente que no perdona la menor falta, y es tan severa como los gendarmes.

Pedro suelta una maliciosa carcajada, arrea los caballos y seguimos rápidamente por la carretera oscura.

Abajo todo es negrura. En el fondo, en la dirección de Luz, silenciosos relámpagos iluminan el horizonte a intervalos.

Arriba, el cielo está de fiesta.

¡Qué admirable noche! No he visto nunca semejante hormigueo de estrellas. Los rayos de esos milares de astros se reflejan en las hojas húmedas poniendo puntos fosforescentes en ellas.

La voz del torrente se ha extinguido casi por completo, como si éste se olvidase de sí mismo en la contemplación de ese mágico cielo constelado.

Apenas se oye un débil susurro de agua y un estremecimiento de hojas mojadas.

En esta profunda noche silenciosa, ya no se distingue sino vagamente la informe silueta de Florencio, que se ha vuelto taciturno; pero delante de mí, los claros ojos negros de Dionisia brillan como reflejos de estrellas.

Estas miradas ingenuas que sonríen parecen unirse amistosamente con las mías en la misma admiración muda, y me siento deslizar poco a poco en un delicioso sueño de ternura.

XIII

Despertado, esta mañana, por un rayo de oro que se filtra por entre las cortinas, corro a la ventana y abro los postigos; el chubasco de ayer parece como que haya lavado el cielo; abajo, el Lise corre alegremente y envía hasta mi cuarto su frescura tonificante.

Al igual de esa agua melodiosa, una alegre esperanza canta en mí y me refresca.

Al otro lado del tabique, oigo los ronquidos sonoros de mi tío que se desquita de las fatigas de la víspera durmiendo a pierna suelta.

¡Quiera Dios que igual sueño bienhechor retenga a la señora Egrefeuil sobre sus almohadas hasta el medio día y que nada impida a la señorita Suzor venir a reunirse conmigo en la carretera!

Me lavo y me visto silenciosamente, y procedo con las mismas precauciones a la confección de mi te cotidiano.

Transcurre una hora.

En lo alto de la iglesia de los Templarios, la campana anuncia la primera misa.

Florencio sigue roncando.

Esperar por esperar, prefiero subir por la carretera de Saint-Sauveur a pasarme por mi cuarto.

Abro con precaución mi puerta, bajo de puntillas y, una vez fuera, marchó lentamente a través de las umbrosas callejuelas.

En la carretera adornada con temblorosos álamos, respiro a mis anchas y, para calmar mi impaciencia,

pienso en el encanto de volverme a encontrar a solas con Dionisia.

Cuanto más aumenta nuestra actividad, mayor es la amistad que siento por la graciosa señorita de compañía.

¿No es más que amistad? ¿No se mezcla con ella un sentimiento más vivo y más tierno?

Apenas me atrevo a preguntármelo, y evito escudriñar demasiado escrupulosamente mi conciencia sobre el particular.

Me parece, sin embargo, que la pura amistad no conoce estas emociones que turban un poco el alma, estas súbitas alegrías que alternan con estas ansiosas congojas.

En vano me pretendo convencer de lo contrario: los movimientos que me agitan se parecen singularmente a los de un enamorado en su primera cita.

Pero no puedo analizar nada, no puedo profundizar nada.

Ahogo mis escrúpulos en la universal alegría de las cosas. Las reinas de los valles embalsaman; las golondrinas revolotean alegremente en el aire. Me aturdo al ruido de los arroyos que corren por las praderas.

Sin embargo, estos ruidos de agua que dan la ilusión de una lluvia torrencial, no son tan ensordecedores que me impidan percibir unos rápidos pasos y el roce de una falda con las hierbas.

Me vuelvo; es Dionisia... ¡Ay!, el alegre impulso que me lleva a su encuentro es bruscamente detenido por el aspecto del rostro doloroso de la joven.

— ¿Qué tiene usted?, exclamo tendiéndole la mano.

— No permanezcamos en la carretera, murmura Dionisia llevándome a un oblicuo sendero que se pierde entre alisos y conduce al lecho del torrente.

Una vez a cubierto, añade con tristeza:

— No estoy libre... Dispénsame... Me ha costado mucho trabajo hacer una escapada del hotel para venir a prevenirle...

Guarda silencio un momento, y continúa luego precipitadamente:

— Tengo que pedirle un favor, Sr. Silmont... Por Dios, no vuelva usted a sentarse a mi lado, en la mesa y, en adelante, no haga usted de mí más caso del que haría de una desconocida.

Miro sus ojos en que aparecen señales de haber llorado, sus facciones alteradas y me asalta una viva inquietud.

— ¿Qué ha pasado?, le pregunto.

— El interés que usted me manifestaba ha sido



... para volver a subir al pescante al lado de Forcamidán

mal interpretado... Hay gentes que ven mal en todo y en todas partes. Ayer, a la vuelta de Gavarnie, delante de su mujer y de su hija, el Sr. Egrefeuil me ha reprochado, me ha acusado de ser demasiado familiar, demasiado libre con usted. En términos que su énfasis meloso hacía aún más ofensivos, ha insinuado que con mi falta de circunspección comprometería la respetabilidad de su casa...

(Se continuará.)

EL CULTIVO DEL CÁÑAMO EN VALENCIA. (Fotografías de José M.^a Cabedo.)



La siega del cáñamo



Tendedura de los tallos desprovistos de las hojas

El cáñamo es una planta exigente de la que no pueden obtenerse buenos productos sino cuando se cultiva en terrenos

Esta se efectúa en los meses de marzo, abril o mayo, cuando la temperatura se eleva a 12º y no



Enriado o inmersión de los tallos en el agua



Conducción de las plantas a los secaderos

de consistencia media, profundos, frescos y fértiles; necesita tierras bien arregladas y mezcladas, y abono abundante y perfectamente enterrado a fin de que el rastrillo no lo despida a la superficie del suelo en el momento de la siembra.

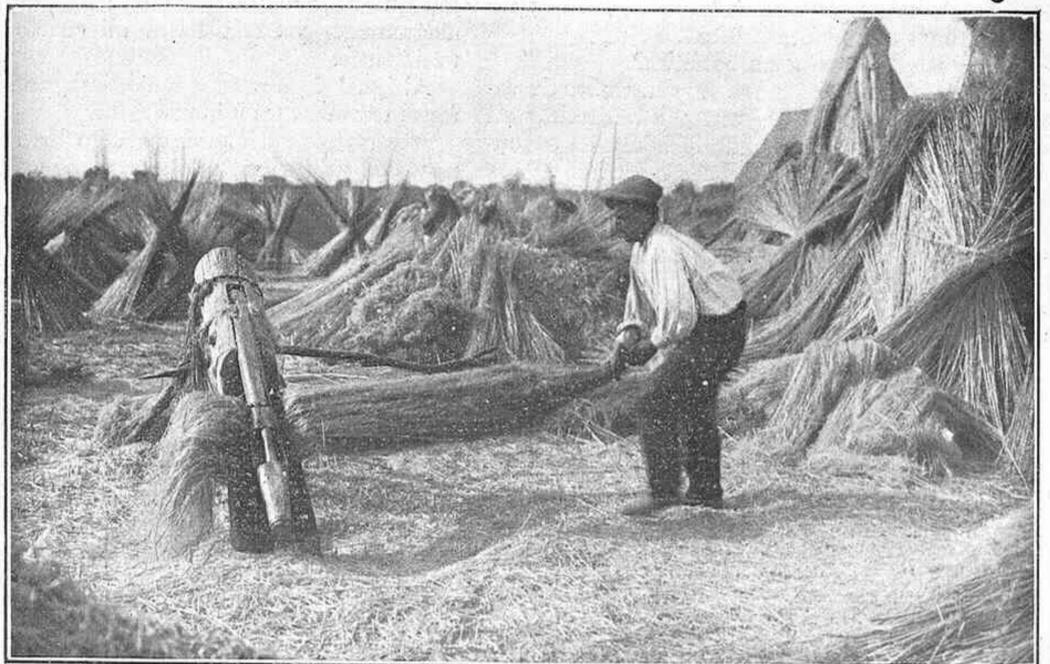
hay temor de heladas tardías, y se hace a voleo a la dosis de cien a trescientos litros por hectárea, según la riqueza del suelo y el producto que se desea obtener; las semillas deben esparcirse al vuelo tan uniformemente como sea posible y se entierran por medio del rastrillo o del arado.

Cuando la planta ha llegado a sazón se la arranca, formando con ella pequeños haces, y cuando los tallos se han secado y perdido la casi totalidad de sus hojas, se los despoja de sus raíces y se los selecciona para obtener tres clases de cáñamo: los tallos finos, los tallos

medios y los tallos fuertes. Hecho esto se procede al enriado, que tiene por objeto hacer disolver el principio gomoso nitrogenado que aglutina las fibras y las fija en la cañamiza. Esta operación se hace con agua, corriente o estancada, o con rocío; en el primer caso se ejecuta en ríos y arroyos; en el segundo, en charcas más o menos grandes, de uno a dos metros de profundidad; y en el tercero, en un terreno cubierto de césped o en un rastrojo de cereales. El enriado en agua corriente y limpia permite siempre al cáñamo producir una hilaza muy nerviosa y de un hermoso color rubio; los haces se colocan horizontalmente unos sobre otros y se mantienen de-



Formación de pilas



Peinado del cáñamo

bajo del nivel del agua por medio de piedras o de fuertes maderos; han de estar puestos en el sentido de la corriente y se les garantiza contra las crecidas repentinas con estacas o zarzas.

La duración del enriado varía según la temperatura del aire y del agua y también según que se trate de cáñamo masculino o femenino; ordinariamente y cuando el enriado se efectúa en septiembre y con buen tiempo, el masculino queda en el agua de seis a diez días y el femenino de ocho a catorce.

Cuando las fibras corticales se separan fácilmente de la cañamiza o parte leñosa, se retiran los haces, se lavan, si es necesario, para quitarles las partes terrosas que puedan adherirse, se desfilan y se los pone a secar contra un muro o vallado o en perchas colocadas horizontalmente sobre el suelo y sostenidas por piquetas o estacas. Al cabo de tres o seis días, según el estado de la atmósfera, es decir, cuando están bien secos, se ligan de nuevo en manojos y se llevan a la granja para amontonarlos en un local muy seco y resguardado de animales roedores.

Para facilitar las sucesivas operaciones del agramado y del espadado es preciso tostar el cáñamo, lo que se hace en un horno después de la cocción del pan. La víspera del día en que ha de procederse al agramado se tapa el horno cuando está lleno de cáñamo y éste permanece allí unas veinticuatro horas.

El agramado tiene por objeto separar la cañamiza de la parte filamentosa, y se opera ordinariamente con la agramadera a mano o mecánica que quebranta la planta a fin de que se reduzca a pequeños trozos la parte leñosa y se pueda separar fácilmente de las fibras, lo que se logra en los aparatos a mano, colocando los manojos de tallos en un mallo acanalado sobre el cual se golpea con un cilindro que, al caer, penetra en la canal machacando la planta textil. Las agramaderas mecánicas realizan el trabajo con mucha rapidez, pero tienen el inconveniente de que la labor no resulta tan perfecta por lo que se hace necesario completarla a mano.

El espadado o separación de las fibras de cañamiza, se hace a mano por medio del espadón, y en él se ocupan generalmente las personas ancianas o los niños durante las veladas.

La hilaza que se obtiene después de estas operaciones se peina o rastrilla por medio de unos peines o rastrillos que tienen dientes de acero de diferentes gruesos y más o menos próximos los unos a los otros. El peinado tiene por objeto desunir las fibras, y las hilazas que han sido bien peinadas se hallan exentas de cañamiza y de estopa y tienen un aspecto sedoso y brillante. Cuando el peinado está terminado, se une en dos cada puñado, torciéndolos groseramente pero con cuidado. Todos los puñados deben tener la misma longitud y se ponen en paquetes de diez, dieciséis, veinte o veinticuatro madejas; estos paquetes pesan dos, tres, cuatro o seis kilogramos, según las circunstancias y finura de la hilaza.

EL RETABLO

**DE SAN ESTEBAN
DE GRANOLLERS**

(Véanse los grabados de las páginas 573, 576, 580 y 581.)

Con destino al Museo de Barcelona, nuestro Ayuntamiento ha acordado adquirir, por el precio de 150.000 pesetas, el magnífico retablo gótico de San Esteban que se conserva en la ciudad de Granollers. Es una adquisición importantísima y muy ventajosa, porque se trata de una de las obras capitales de la pintura catalana de la Edad Media, en la cual se ocupan los principales libros extranjeros que de arte hablan, calificándola de obra maestra del gran pintor Pablo Vergós, gloria de Cataluña.

De la documentación que se



Formación de las madejas

Como me gustan
las modelos que
usan el

PETRÓLEO GAL!

A. Ehrmann.

conserva despréndese que Pablo Vergós, al morir en 1495, dejó sin terminar este retablo, que concluyeron su padre Jaime y su hermano Rafael; pero se desprende asimismo que, si no terminado, estaba tan adelantado que los que lo completaron muy poco hubieron de añadir para acabarlo y aun en este trabajo debieron respetar el plan y el proyecto de Pablo. No hay datos para apreciar cómo sería el retablo en su conjunto, pero puede afirmarse que los fragmentos que de él se conservan y que son los adquiridos por nuestro Ayuntamiento, constituirían la casi totalidad o por lo menos la parte principal del mismo. Estos fragmentos son los que reproducimos en el presente número y representan el camino del Calvario, cinco episodios de la vida de San Esteban, dos escenas de la Pasión de Jesús, el Calvario y los cuatro profetas. Hay, además, otro episodio de la vida del protomártir, cuya fotografía aun no se ha obtenido.

El camino del Calvario es indudablemente una de las piezas de mayor valor artístico del retablo: el encuentro de la Virgen con su divino Hijo, agobiado por el peso de la cruz, está representado de una manera admirable en su conjunto y en sus detalles.

El nacimiento de San Esteban es una escena de costumbres de la época y en ella se ve al demonio llevándose al recién nacido y dejando un diablillo en la cuna. En la ordenación de San Esteban, éste, con la tonsura eclesiástica, está arrodillado a los pies del obispo que le pone la estola sobre la espalda; en la parte derecha, el demonio ha

dejado en el umbral de la puerta de la casa del judío Gamaliel al niño que había robado. En la elección del Santo Diácono, que acaso fué la pieza central del retablo, el protomártir está sobre un pedestal levantado por once apóstoles; viste los ornamentos propios de los levitas y ostenta en una mano la palma, símbolo del martirio, y en la otra el Evangelio. En la exhumación del cuerpo incorrupto de San Esteban, el obispo, que acompañado de algunos clérigos ha ido procesionalmente a Caffargamala, presencia el descubrimiento del cadáver del Santo, que cuatro siglos antes había sido enterrado allí junto con Nicodemus, Gamaliel y el hijo de éste Abbar; dos trabajadores excavan en el sitio indicado por Gamaliel cuando se apareció al sacerdote Luciano ordenándole que buscara el cuerpo del Santo. El otro episodio representa la milagrosa liberación del almirante Galcerán de Pinós y del caballero Sancerní, señor de Suñí que fueron apresados por los sarracenos cuando el ataque de Almería por las naves cristianas en 1147 y conducidos a Granada, en donde fueron libertados por un prodigio del Santo, cinco años después.

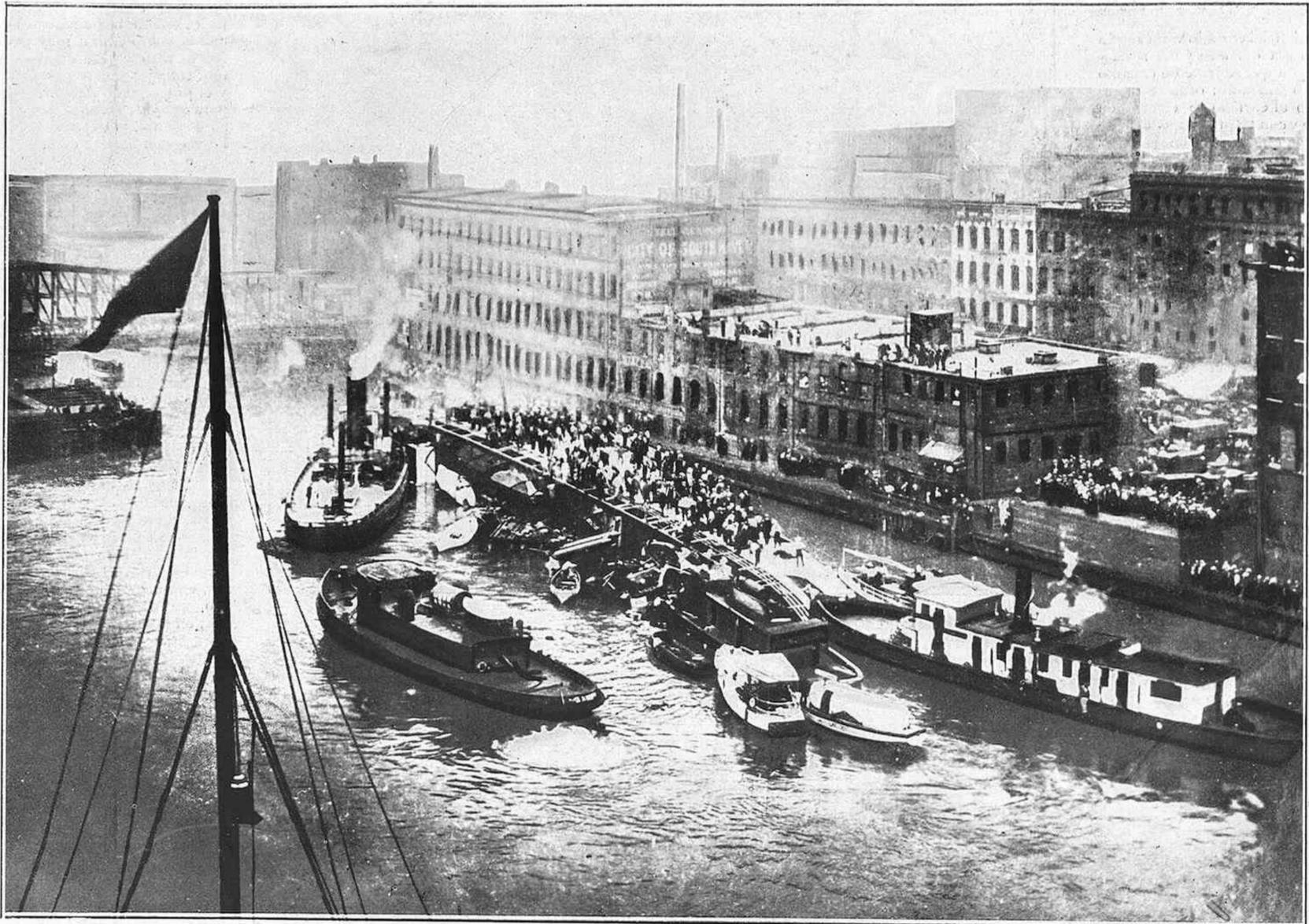
En la representación del Calvario, el Salvador, clavado en la cruz, está entre los dos ladrones; a los pies del Crucificado San Juan y las tres Marías contemplan a Jesús; tres soldados se juegan la túnica del Señor.

Las dos escenas de la Pasión de Cristo son la Santa Cena y la oración en el huerto de Getsemaní; en la primera, Jesús aparece rodeado de sus apóstoles en el momento de instituir la Eucaristía; en la segunda, es consolado por tres ángeles, mientras sus apóstoles preferidos duermen en primer término y en el fondo se divisa Jerusalén, de donde han salido los soldados que, dirigidos por Judas, van a prenderlo.

Las figuras de los cuatro profetas son de grandes dimensiones, están magistral y vigorosamente ejecutadas y son de gran efecto decorativo.

Tal es descrita a grandes rasgos la joya que ha adquirido el Ayuntamiento, merecedor por ello de entusiastas alabanzas. El retablo de Vergós en el Museo de Barcelona será un timbre de gloria para nuestra ciudad y motivo de legítimo orgullo para todos los amantes de la cultura artística de Cataluña.

UNA TERRIBLE CATÁSTROFE EN EL LAGO MICHIGAN (ESTADOS UNIDOS)



El vapor de recreo «Eastland», que zozobró el día 23 de julio último llevando a bordo 2.500 excursionistas, de los que perecieron más de 1.800. En el grabado se ve el vapor enteramente tumbado y encima de él las gentes que proceden a sacar las víctimas del interior del buque. (De fotografía de Parrondo.)

Una espantosa catástrofe ocurrió el día 23 del pasado julio en el lago Michigan (Estados Unidos). El vapor de recreo *Eastland*, que conducía más de 2.500 pasajeros, zozobró cuando estaba cerca de la escollera de Clark-Street, de Chicago, inclinándose sobre uno de sus costados. Un gran número de pasajeros que en aquel momento se hallaban sobre cubierta pudieron agarrarse a la parte del casco que había quedado fuera del agua, desde donde lograron refugiarse en las embarcaciones que pasaban entonces cerca del buque; pero los que se hallaban en los camarotes y que eran en su mayoría mujeres y niños, perecieron, y los bomberos que más tarde cuidaron de la extracción de los cadáveres los encontraron amontonados en masas informes junto a las puertas de salida, hacia las cuales debieron dirigirse atropelladamente al darse cuenta de lo que ocurría. El examen de aquellos cadáveres reveló que las mujeres presentaban rasguños en las caras y tenían destrozadas las ropas, lo que prueba que entre las víctimas debieron establecerse desesperadas luchas. Según los sobrevivientes de la catástrofe, ésta se produjo en cinco minutos; esta rapidez explica el número inmenso de muertos, más de 1.800, pues se comprende que no hubo tiempo material para el salvamento.

Algunos dicen que la catástrofe fué debida a que una gran parte del pasaje se había reunido en uno de los costados del vapor, lo que hizo que éste zozobrase; pero esta explicación no parece haber satisfecho a las autoridades encargadas de practicar una información, las cuales hicieron encarcelar al capitán y demás oficiales del buque. Dícese también que el *Eastland* hallábase en mal estado, que estaba mal equilibrado y que ya en otra ocasión estuvo a punto de zozobrar; y se añade que a fin de poder llevar más pasajeros se había extraído del buque por medio de bombas toda el agua que llevaba como lastre.

Otra versión del suceso es que el vapor encalló en un fondo de cieno sin lograr salir de él cuando las máquinas empezaron a funcionar, lo cual fué causa de que el buque se inclinase, inclinación que aumentó rápidamente a consecuencia del número excesivo de pasajeros que llevaba.

El vapor *Eastland* es de acero y mide 300 metros de eslora.

La mayor parte de las víctimas eran empleados de la Compañía Western Electric, que con sus familias se dirigían a pasar un día en el campo.

Data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDÈS B^e St-Denis, 46

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos sexuales, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida a la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

ECOS DE LAS MONTAÑAS

POR D. JOSÉ ZORRILLA. — ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

HIPOFOSFITOS SALUD
 COMBATE
ANEMIA
 ESCROFULISMO
 NEURASTENIA
 INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNÉ
 Curadas por el Verdadero. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN